

EL OFICINISTA

Crónica de un
asesino cualquiera

Federico de Gregorio



EL OFICINISTA

FEDERICO DE GREGORIO

EL OFICINISTA

Crónica de un asesino cualquiera



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

de Gregorio, Federico Nicolás

El oficinista: crónica de un asesino cualquiera / Federico Nicolás de Gregorio. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de Argentina, 2018.

146 p. ; 20,5 x 14,5 cm.

ISBN 978-987-761-286-8

1. Novelas de Suspenso. 2. Novelas de Aventuras. 3. Novelas de Acción. I. Título.

CDD A863

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

www.autoresdeargentina.com

Mail: info@autoresdeargentina.com

Corrección: Nora Papeo

Imagen de tapa: Andrés Rodríguez

Diseño de portada y maquetado: Maximiliano Nuttini

Queda hecho el depósito que establece la LEY 11.723
Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

CAPÍTULO I

Una fuerte frenada del 99 me despertó justo cuando cruzaba la 9 de julio. De no ser por eso, casi con seguridad me hubiera pasado de la parada en la que me tenía que bajar. Algunos dirán que fue suerte. Esos no saben lo que es estar nueve horas en una oficina. O lo que es peor, lo deben disfrutar.

Mientras me despabilaba y caminaba hacia la puerta de atrás, el colectivo seguía discutiendo con el motoquero que se le había cruzado. El hombre de la moto lo insultó y, tras darle una patada al costado del colectivo, arrancó a toda velocidad.

Era mi regreso al trabajo después de unas vacaciones en la playa y, como había llegado el día anterior, casi no había tenido tiempo de procesarlo. La alegría y tranquilidad de esos días en la costa se habían ido con la misma velocidad que el motoquero.

El día de mi retorno –domingo, para hacerlo más terrible– no le había hecho bien a mi psiquis. A tal punto que, cuando el sol se escondió llevándose con él mis últimos momentos de alegría, tomé la decisión de que todo tenía que cambiar.

En la oscuridad de mi departamento, en tanto me hundía en la depresión dominical –esa especie de liturgia masoquista de cada semana– imaginaba el momento en el que subiría solo en el ascensor hasta el piso catorce donde estaba la oficina. Me veía bajando del mismo y poniendo el dedo en el lector que me reconociera como uno de los afortunados con acceso

al lugar. Hasta llegué a sentir el ruido de la puerta que se cerraba detrás de mí como la de una celda, mientras la primera imagen que tendría sería la de Sebastián, siempre de buen humor, siempre llegando primero y, cada año, a mi regreso de vacaciones —en realidad al de cualquiera— recibíendome con lo que él creía un chiste:

—¡Qué bueno que volviste! Ahora te queda un año completo de trabajo por delante. Disfrutá...

Y todos alrededor fingiendo reírse. Y yo también tendría que sonreír, y saludarlo con amabilidad, incluso con un abrazo, tras su sentencia a un año más de monotonía. Además estaría Osvaldo con quien nunca intercambiamos más de lo necesario para darnos cuenta de que nos caíamos bastante mal, y que aprovecharía el momento para hacerme notar su alegría ante mi angustia. Y —claro— Marcelo, el jefe, que antes de que me siente o deje mis cosas, sin siquiera preguntar algo del viaje, ya me estaría dando una tarea. Una linda perspectiva para el día siguiente.

Fue en ese momento cuando dije: “Esto no va más”.

Debo ser sincero. Cada vez que volvía de mis vacaciones decía lo mismo. En verdad, lo decía también después de cada fin de semana largo. Y, para ser más realista, en el último año lo decía siempre que arrancaba la liturgia del domingo.

Pero esa vez era en serio. Algo iba a cambiar.

Bajé del colectivo, gracias o por culpa del motoquero, en la parada de siempre y caminé las dos cuadras hasta el trabajo. El Centro era un hormiguero de gente apurada. Nada había cambiado. Tampoco esperaba que ocurriera algo extraordinario en solo quince días de ausencia.

Saludé a los dos hombres de seguridad e intercambiamos los típicos chistes futboleros como si nada. Nadie podía prever lo que se venía. La decisión estaba tomada. “A algunos les va

a parecer un poco dramática”, pensé. Pero de alguna manera se empieza.

Llegué justo para subir al ascensor solo. Creo que hubiera sido peor encontrarme a alguien que me saludara amablemente y me hiciera dudar del plan.

Cuando bajé del ascensor, antes de entrar a la oficina, revisé que estuviera todo en su lugar. Practiqué nuevamente cada movimiento, cada frase.

Entré y el ruido de la puerta al cerrarse me hizo un nudo en la garganta. Pero recordé mi objetivo y el nudo se convirtió en un pequeño temblor en la mano.

Giré hacia la derecha, donde estaba mi escritorio y, como si mi visión del día anterior hubiera sido una epifanía, lo primero que vi fue a Sebastián parándose mientras empezaba a decir su frase.

Mi movimiento fue casi instintivo. Como si lo hubiera hecho miles de veces antes. En un segundo, saqué el arma que llevaba en la cintura (así lo había visto en cientos de películas y me pareció correcto; casi poético.) y le apunté a la cabeza.

Él levantó inútilmente las manos para taparse. Ese movimiento me sacó una sonrisa. Y a pesar de que no eran las palabras que había practicado, le dije:

—¡Al fin me hacés reír!

Me miró sorprendido, como no entendiendo si era un chiste o no. Esbozó una mueca símil risa y bajó los brazos. En ese momento, sin dudarle más, disparé.

Los gritos de toda la oficina me dieron más valor.

Giré hacia donde estaba Osvaldo y le tiré sin pensarlo. Sin frase final. Un homenaje a lo que había sido nuestra relación.

Por último, fui al escritorio de mi jefe. Él me esperó, sabiéndose el próximo, pero a pesar de eso inmóvil. Parecía que lo había aceptado.

—Me fue bien en las vacaciones. Pero creo que mi lugar no está más acá. Gracias por preguntar —dije mientras le disparaba.

Miré al resto de la oficina y vi la cara de miedo de los que quedaban. Tampoco había muchos más. Casi nadie llegaba a horario. Ese día se iban a arrepentir. Se habían perdido el espectáculo de sus vidas.

Al fondo, la recepcionista, la única que había reaccionado, hablaba por teléfono. Nunca me había caído bien, pero me parecía que ya era demasiado. Además me quedaba solo una bala.

Le grité:

—Ahora que lo pienso bien, merecerías estar en esta lista.

Le apunté nada más que para hacerla asustar. Ella dejó caer el teléfono y se puso a rezar. Eso hizo que me dieran más ganas de matarla. Pero no, no estaba en los planes.

Hice un último paneo de toda la oficina. Salvo por la posición extraña en la que habían quedado los cuerpos, estaba impecable, con ese silencio que queda tras cualquier catástrofe o accidente con el que el mundo —bah más que el mundo el universo— te demuestra lo poco que le importa, lo poco que lo modifica, lo insignificantes que somos en la historia de la galaxia.

Ese silencio me pareció que generaba el ambiente perfecto para el acto final. Sonreí nuevamente (creo que nunca había sonreído tantas veces en un día en esa oficina) y me sentí satisfecho, aliviado. Me llevé el arma a la boca y disparé. Pum.

Una fuerte frenada del 99 me despertó justo cuando cruzaba la 9 de julio. Me levanté exaltado, en parte por el sueño, en parte por los gritos que se escuchaban entre el colectivero y el motoquero que se le había cruzado y en parte porque me tenía que bajar.

Me paré y me tanteé la cintura. No había rastros del arma. Es más, jamás había tenido una.

Todavía sobresaltado bajé del colectivo. Era mi primer día de trabajo después de las vacaciones. Mientras caminaba las dos cuerdas hacia la oficina, las imágenes del sueño se me iban apareciendo casi tan vívidas (o más) que las del mundo a mi alrededor.

Al llegar saludé a los dos hombres de seguridad e intercambiamos los típicos chistes futboleros. Pequeño déjà vu que se acrecentó cuando entré solo al ascensor.

En lo que tardé en llegar al piso catorce volví a tantearme la cintura. También revisé mi mochila. Nada de armas. De a poco me fui tranquilizando. El recuerdo del sueño era aún muy real.

Al bajar del ascensor abrí la puerta de la oficina y empecé a caminar hacia mi escritorio. El primero que me vio fue, claro, Sebastián. Y lo dijo sin más:

—¡Qué bueno que volviste! Ahora te queda un año completo de trabajo por delante. Disfrutá.

Lo abracé con una sonrisa. Él debe haber creído que era por su comentario pero en realidad mi yo interno le estaba diciendo: “No tenés idea de la que te salvaste”.

Fui a saludar a mi jefe y en el camino crucé miradas con Osvaldo que me observó sin saludarme y sonrió también, como si hubiera escuchado el chiste de Sebastián por primera vez.

Cuando saludé a Marcelo, sin mediar ningún otro tipo de charla, me dijo:

—Te acabo de mandar un mail con una tarea. Leelo y pásame un estimado de horas lo más rápido posible —En realidad me dijo *ASAP* (las siglas en inglés) pero recordarlo así me da más bronca.

—Dale —le contesté, mientras me sentaba derrotado y sin poder definir cuál de las dos situaciones —la del sueño o la realidad— era la más dramática.

CAPÍTULO II

Miro por la ventana, como cada día, como cada hora. Y no es que mire por el maravilloso paisaje que tengo delante. Mi visión no es más que una decena de edificios y cables. Lo peor es que, como mi ventana da hacia el Este de la hermosa Buenos Aires, debería poder ver el río. Pero no, el progreso es así, dicen.

Entre unos cables que unen algunos edificios (en realidad, no deben unirlos pero eso pareciera) dos pájaros juegan o se pelean. Uno, el perdedor, se va. El otro se queda haciendo movimientos espásticos con su cuello (¿Me mira?).

La modorra de la tarde empieza a conquistarme. O a enloquecerme. Para colmo el sonido sordo del aire acondicionado funciona como somnífero; pero al menos no es el ruido triste que hacen los ventiladores.

Encima, mi compañero de al lado (Este no apareció en mi sueño, aunque debería), negado a ver el afuera durante el horario laboral, no abre la cortina de su ventana; lo que me daría al menos unos metros más de vista.

En la oficina más cercana, los jefes están reunidos hace horas, como todas las tardes, convencidos de que van a salvar el mundo, de que su tarea es la más importante, de que si no estuviéramos todos acá durante nueve horas (y a veces más), todos los días hábiles de la semana (y a veces más también), sobrevendría el Apocalipsis. Y después de esas reuniones vienen

y nos pintan un mundo infernal (o de horas extras, que es casi lo mismo); nos cuentan todas las tareas que nos quedan por delante, y que con la deadline (sí, deadline, o sea, fecha de entrega; pero acá todos usan algunos términos así para confirmarnos que el mundo depende de nosotros, que somos muy importantes) no se jode, que no vamos a llegar. Todos los días el mismo cuento.

Y después resulta que yo paso horas intentando ver el río entre los edificios. Y mi compañero, que insiste en no abrir la cortina, cabecea. Y así pasan las semanas. Y así también pasa la deadline. Y, hayamos cumplido el objetivo o no, el mundo sigue.

Pero hoy todavía son las cuatro de la tarde de mi primer día después de las vacaciones. Me quedan un par de horas acá que, por como viene todo, serán eternas. En este momento, el comentario de Sebastián me duele un poco más. En un movimiento inconsciente vuelvo a palpar la cintura, pero no, el arma no está ahí.

Sigo mirando por la ventana (Ese pájaro me mira, no tengo dudas). De repente el pájaro vuela, y en ese vuelo comprendo todo. Ese vuelo me habla de libertad, de hacer lo que uno quiere, (¿Sería una gaviota?), y me lleva a una conclusión que, no por obvia es menos dura: ¡Qué aburrido es mi trabajo y —sobre todo— qué poco me importa!

Esto explica (e intensifica) el porqué de mi depresión de cada domingo y a qué se debe mi necesidad de un cambio radical.

Poco a poco la rutina volvió a ganarme, a coaptarme. Volví a tomar el mismo colectivo a la misma hora cada día. A cruzarme las mismas caras. Todas tristes. Dormidas. Sin ganas. Es cierto que uno ve el mundo y lo analiza según lo que está

pasando en su cabeza; pero pocas personas pueden ser felices viajando a las ocho de la mañana hacia el Centro. Eso sumado a que cada viaje, con el colectivo repleto, con el tránsito colapsado, las peleas entre el colectivero y los pasajeros y la de los pasajeros entre ellos (entre nosotros, debería decir) hacen que sea difícil arrancar el día de la mejor manera. Y lo peor de todo es que uno se acostumbra. En este caso, lo peor de todo es que, a la semana de haber vuelto, ya me había acostumbrado. Al trabajo, al viaje, al desgano constante. Todo lo que no quería que volviera había vuelto. Salvo por una sola cosa: todavía rondaba por mi cabeza la idea de que tenía que cambiar. Pero me costaba arrancar. Y, lo que es más importante, no sabía hacia dónde apuntar ese cambio. Porque para ser sincero, tenía una buena vida, si uno lo miraba como un observador ajeno; tenía amigos con los que me veía, es cierto que cada vez menos; pero lo justo y necesario. Me habían roto el corazón, pero ¿a quién no? Además, no me faltaban mujeres cuando quería. Vivía solo. Y trabajaba de lo que había estudiado. Acá, en este último punto, es donde ese observador ajeno se hubiera equivocado. Le estaría faltando un dato trascendental. Y es que había estudiado algo que no me gustaba. Por qué había estudiado eso no cambia la historia, y hasta es discutible. Puede que alguna vez me haya interesado; pero la rutina mata muchas cosas. Igual, el tema principal es que necesitaba un cambio.

Un día de la segunda semana desde el regreso, a primera hora, mi jefe se acercó a mi escritorio:

—Necesito que hoy vengas a La Reunión De Cada Día – En realidad, tiene otro nombre, pero me hace enojar–. Se van a hacer algunos cambios en la tarea que te pasé, así que sería bueno que estés. Aparte, quiero que empieces a meterte más

en algunas cosas –dijo, dándome a entender, por un lado, que todo lo que había hecho lo iba a tener que hacer de nuevo; por el otro, que tenía que estar contento porque me iban a dar más responsabilidades. O sea, más trabajo. Y reuniones casi diarias.

—Dale –contesté, sin una pizca de alegría.

Cuando giró para irse, le apunté con mis dedos simulando una pistola y disparé. Fue el primer momento del día en que sonreí.

A la hora de la reunión fuimos todos para la oficina. La sala era la más grande, con una mesa larga y en el centro un proyector apuntaba hacia una de las paredes. En este tipo de reuniones, aunque en realidad en casi todas, hay una presentación. Pareciera que la gente de las oficinas las ama, sobre todo el que las hace; aunque, muchas veces, le llevan más tiempo que el proyecto en sí. Además, alrededor de ellas hay como una especie de jerarquía de los lugares: adelante, cerca de la pantalla, se sientan los responsables de la charla. Y de ahí para atrás, los jefes, pseudo jefes, buchones, y el resto de los mortales. Algunos toman el movimiento dentro de este escalafón como un avance, como un crecimiento dentro de la empresa. Esos, seguramente, en el aula se sentaban en la primera fila y contestaban todas las preguntas del profesor. O, al menos, siempre levantaban la mano.

Entré último y todos los lugares cercanos a la presentación, como era de esperar, estaban ocupados. Parecían los líderes de una tribu alrededor de la fogata, decidiendo sus movimientos del día siguiente.

Igual, mi idea era irme al fondo. Ese siempre era mi lugar. Es desde donde se tiene mejor perspectiva.

Incluso, me fui tan atrás que no tenía acceso a la mesa. La verdad, no me afectaba ya que, al contrario del resto de

los presentes, no había llevado mi notebook. “Quizás pequé de principiante”, pensé. En realidad, se suponía que iba a escuchar. Claro que anotar siempre suma puntos; pero cuando llevo el cuaderno termino dibujando los márgenes como única diversión.

Empezó la charla y rápidamente perdí mi atención. Eso me pasa mucho cuando no me interesa. Y, para ser realista, aunque me interese también. Me disperso con cualquier cosa y chau, me fui. Me maldije por no haber llevado unas hojas para pasar el rato (y que no se notara tanto mi vuelo mental). Encima, la única ventana la tenía a mi espalda con lo que distraerme con el afuera iba a ser imposible.

De repente, el ruido de todo el resto escribiendo en sus computadoras se me hizo muy presente, casi insoportable. Intenté prestar atención a lo que estaba diciendo El Presentador, para entender por qué escribían tanto; pero nada de lo que decía parecía tan importante, ni los grandes cambios que había vaticinado mi jefe. Del resto de los presentes, nadie lo miraba. Todos escribían.

Aprovechando mi posición en perspectiva, miré la pantalla de Sebastián, sentado justo delante de mí, a ver qué escribía con tanta pasión.

La ventana del chat interno de la empresa era lo único que se veía. Sofía, el nombre con el que estaba hablando. Ahí caí en la cuenta de que Sofía era una chica de otro sector que también estaba en la reunión. La miré y ella también escribía sin cesar. Obviamente, la charla poco tenía que ver con la reunión. Sebastián la invitaba a salir y ella lo evitaba cortésmente, aunque sin cerrar la puerta. Miré a la derecha de él y mi jefe chequeaba en una página de venta online una compra de zapatillas.

Nadie prestaba atención a la charla. Nadie anotaba nada de lo que El Presentador nos contaba. Todos seguían en la

suya, hablando de sus cosas, pero a la vez siendo parte de esa actuación, de esa farsa, para poder salir y decirle al resto de los de la oficina (y a los de afuera también): “Hoy estuvimos todo el día reunidos. Se vienen un montón de cambios y la *deadline* se acerca”. Y así, seguir alimentando esta rueda de reuniones, presentaciones, cambios, horas extras, escalafones, *deadlines* incumplidas... como si fuera normal, como si ese tuviera que ser el curso de las cosas, como si ese fuera el mecanismo que hace andar el mundo. Lo peor es que ellos parecen convencidos de que todo es así, de que tiene que ser así.

Si bien mis expectativas en la reunión eran casi nulas, eso me decepcionó mucho más aún. Porque de alguna manera, y sin mi consentimiento, prestarme a toda esa ilusión me convertía en cómplice.

CAPÍTULO III

La necesidad de un cambio se hacía cada vez más imperiosa a medida que pasaban los días; pero debido al problemita de la subsistencia y los gastos de vivir en la gran capital, no podía renunciar al trabajo así sin más. Además, como se puede vislumbrar, era plata fácil. Si se analiza profundamente, me pagaban por ir a la oficina, sentarme durante nueve horas a navegar por Internet y escuchar música. En retribución, tenía que convertirme –un poco con dolor– en cómplice, entregando supuestos laburos claves en ciertas fechas específicas y prestando atención, de ser posible con cara de preocupado, en algunas reuniones. Claro que a las siguientes iba con mi notebook para no desentonar (y hacerlas más llevaderas). Así que el cambio, al menos en principio, no podía venir por ahí.

Otra opción era buscar un nuevo trabajo, que incluiría nuevos compañeros, nuevas motivaciones, pero corría el riesgo de que me hicieran laborar en serio. Y eso no era negociable. Toda crisis tiene un límite.

El problema era que cada día, cuando llegaba a mi casa, sentía un vacío enorme, una angustia latente que se hacía mucho más profunda cuando el regreso era de noche. En ese sentido, el invierno es muy cruel en Buenos Aires. A eso de las seis de la tarde, hora de salida de la mayoría de las oficinas, la noche ya le ganó al día sin que lo podamos percibir (salvo los que tenemos la suerte de contar con media ventana al mundo

real) y hace que, durante esa temporada, la angustia crezca de manera exponencial.

Para intentar paliar eso me armé unas rutinas distractoras: empecé a seguir varias series, a ver películas en demasía, hasta me compré una PlayStation. Es cierto que eran cosas que disfrutaba hacer, pero solo servían para desviarme de un cambio profundo, de algo real. Una versión moderna del pan y circo.

Sin embargo, el problema mayor —insisto— era que no sabía hacia dónde apuntar el cambio y eso me dejaba a la deriva.

Lo único que se me ocurrió, ya que vivía haciendo tareas en las que el ejercicio se limitaba a pasar de la pantalla de la computadora a la de la televisión, fue que necesitaba hacer algo físico, al menos para limpiar la cabeza. Como mi hora de regreso era bastante variable, se me complicaba coordinar alguna actividad a un horario fijo, así que las posibilidades se resumían a gimnasio o salir a correr.

La idea de ir al gimnasio me parecía imposible (e innecesaria). Cuando era más joven, fui una temporada y los recuerdos no eran atractivos. La única imagen que me había quedado era la de un cúmulo de personas mirándose al espejo cada vez que terminaba un ejercicio, compitiendo con el de al lado a ver quién levantaba más y, como si eso fuera poco, ambientado con una secuencia de sonidos a la que algunos, aún hoy, llaman música.

El otro recuerdo, todavía peor, era una charla que presencié entre dos muchachos frente al espejo:

—Hoy levanté cincuenta kilos.

—*Congratulations* —¡“*Congratulations*”, le contestó! Ese debe trabajar en Sistemas ahora.

Posiblemente no todos los lugares fueran iguales pero, mientras pudiera, prefería evitarlo.

Así que, por descarte, decidí empezar a correr. Entre los oficinistas (¡Qué terrible aceptarme como uno de ellos!), en los últimos años, salir a correr se puso de moda. Claro que ellos le dicen *Running*. Otros lo conocen como “El deporte burgués”, por su individualismo. Y, en esos ámbitos, también compiten para saber quién corre más en menos tiempo. Sin embargo, me parecía la más potable de las opciones.

Al tiempo me di cuenta de que decidir y empezar no eran la misma cosa. Las primeras dos semanas conseguí excusarme conmigo mismo para no arrancar. Pero un lunes que llegué a las ocho de la noche, en plena oscuridad y con una angustia acorde, finalmente lo hice. Fue casi instintivo, como que algo me atrajo, me obligó a salir.

Para empezar fui a la Plaza Vélez Sarsfield, a unas cuadas de donde vivía, aunque un escudo sin colores pintados en la esquina de Bahía Blanca y Bogotá dejaba en claro que no tenía nada que ver con el equipo homónimo. Por otro lado, la presencia de ese escudo me recordó que estaba en tierra enemiga, y la falta de colores para un equipo de fútbol acrecentó mi tristeza.

Comencé a correr con el objetivo de dar diez vueltas. No había mucha gente a esa hora: en los juegos, una madre hacmacaba a su hija mientras fumaba un pucho. Un joven, que estaría por llegar a los treinta años, elongaba contra una de las rejas de la plaza, poniéndole el punto final a su actividad física del día. A ese lo envidié un poco. Cada media vuelta me cruzaba con una chica que corría en dirección contraria. Parecía disfrutarlo. Iba como suspendida, más concentrada en la música que escuchaba que en el recorrido o la respiración, mis dos preocupaciones en ese momento. En un banco, un grupo de amigos compartía una cerveza del pico. A esos los

envidié más. “¿En qué momento se me ocurrió esto de correr?”, pensé mientras intentaba mantener mis signos vitales en valores semi normales.

Una vez que pude desenfocarme de la actividad en sí, que pude convertirla en algo automático y así centrarme solo en mis pensamientos, mi cabeza comenzó a trabajar. Eso, a veces, no es bueno. Empecé a analizar todo a mi alrededor, a intentar comprender por qué estaba ahí, cuál era el sentido de todo eso. Bueno, tampoco tan metafísico pero venía por ahí la idea.

En medio de estas divagaciones y viendo las rejas que acompañaban todo mi recorrido, entendí que, en la actualidad, las plazas de Buenos Aires eran una buena metáfora de cómo vivimos. Cada vez quedaban menos que no estuvieran completamente enrejadas. Como que la sociedad fue (fuimos) aceptando que la solución viene por el lado de encerrarnos y, de esa manera, evitar los problemas, nunca resolverlos. Buenos Aires se había convertido en una ciudad miedosa. Solemos consolarnos afirmando que todas las grandes ciudades del mundo son así, como si eso pudiera reconfortarnos o nos tuviera que convencer. Pero lo que es peor, volviendo a la idea de que uno ve el mundo según lo que le está pasando es que yo me había convertido en una persona miedosa.

Frené. Lo de las diez vueltas era una pobre ilusión. A la cuarta ya no podía con mi vida. Me senté en uno de los pocos espacios verdes de la plaza para intentar recuperarme. Me dolía todo y la respiración la tenía descontrolada. Como lo de sentarme no parecía funcionar, me acosté en el pasto frío mientras observaba las pocas estrellas que se podían ver entre las copas de los árboles. A esa altura, la plaza estaba casi desierta.

La gente había ido desapareciendo sin que yo me diera cuenta. Solo quedaban los pibes del banco, de los que me

llegaba un murmullo lejano. La tranquilidad en que había quedado el lugar, sumada al olor del pasto y a la relajación muscular que sentía una vez recuperado me hicieron entrar en una especie de trance en el que comprendí que de ninguna manera hubiera hecho eso en otro momento. Ni lo de salir a correr, ni lo de quedarme casi solo en una plaza a la noche. Es cierto que, en parte, mi estado físico me había obligado a ambas. Pero fue entonces cuando entendí que era por ese lado por donde debería venir mi cambio. Comúnmente hay dos maneras de comportarse ante el miedo: enfrentarlo o dejarlo ganar y convertirse en un esclavo de él. Lo que yo no sabía era que existía una tercera forma –quizás menos aceptada e incluso dudo que los psicólogos puedan recomendarla, pero no por eso menos válida– que es convertirse en el miedo mismo.

CAPÍTULO IV

Por supuesto que no es fácil convertirse en el miedo. Es más, no tenía idea de qué manera lograrlo, ni qué significaba realmente. Así que mi momento de lucidez post ejercitación no parecía de demasiada ayuda. Sin embargo, una charla sobre cualquier tema a veces puede aportar ciertas respuestas. Fue como una de esas situaciones en las que conocés una nueva palabra y después te la cruzás en cada texto que leés, cuando estás esperando el resultado de unos exámenes médicos y ves muerte por todos lados o cuando pensás en una persona y te la encontrás a los pocos días. Algunos la llaman “Ley de atracción”. Otros, nosotros, los más escépticos, le decimos “Prestar atención”.

Cada vez que terminamos un ciclo (o sea que cumplimos la bendita *deadline*), la empresa recompensa nuestras horas desperdiciadas en la oficina con una noche de alcohol a su cargo. *After*, les gusta llamarlo. El ojo más cínico podría relacionar esta práctica con la que utilizaban las minas en el pasado para esclavizar a sus trabajadores endeudándolos en su propio bar, mucho más allá de lo que su salario pudiera comprar en meses, incluso años. La única diferencia es que en la actualidad pagan ellos. Es cierto que a costa del beneficio que sacan de nuestro trabajo y que no nos lo quieren dar como parte del sueldo; pero algo es algo. Uno siente que hacerles gastar plata es una pequeña victoria. ¡Viva la revolución!

Un mes después de volver de mis vacaciones se terminó uno de esos ciclos. Por lo tanto el viernes siguiente la empresa nos invitó a un bar por la zona de San Telmo.

El lugar era estilo irlandés, con varias mesas en las que entraban entre cuatro y seis personas. Como si fuera una extensión de la oficina, nos fuimos sentando por grupos de trabajo. En nuestro caso, estábamos Sergio —el que se dormía y no corría la cortina—, Pablo, Marcelo, Sebastián y yo. Está claro que trabajamos en Sistemas, por eso la poca presencia del sexo femenino.

En un principio las charlas giraban en torno al trabajo, pero con el correr de los vasos empezaron a variar.

Al rato, Marcelo anunció que se iba. Las muecas del resto demostraron un festejo interno, aunque alguno atisbó a pedirle que se quedara, que era temprano, que al otro día no se trabajaba. Por suerte fue en vano. Minutos después Sebastián se fue a la mesa de Sofía. Desde lejos podía ver cómo ella sonreía ante los comentarios de él. La puerta estaba abierta, se notaba. El resto nos quedamos charlando.

Primero de fútbol, como debe ser.

Hasta que Sergio dijo:

—Me gustaría hacer algo por lo que la gente me recuerde. O al menos tener mis quince minutos de fama.

—Habilidades deportivas no tenemos, por eso estamos en Sistemas; así que la de futbolista no la veo —le replicó Pablo y todos reímos.

—No, eso no. Nunca fui bueno en el fútbol ni en ningún tipo de deporte, para ser realista —respondió Sergio.

—Encima ya estamos grandes y todo nuestro fútbol se despliega en la Play. Además, ninguno de los dos tampoco es tan bueno ahí —agregué.

—Podrías hacer una aplicación con la que te llenes de plata y cambie todo —arremetió Pablo, que era el más metido

en el mundo de Sistemas. Esa era una charla que teníamos siempre y que cada vez arrancaba como si la anterior no hubiera existido.

—¿Cómo qué? —preguntó Sergio.

—Y mirá Bill Gates, Steve Jobs, Mark Zuckerberg...

—Si fuera uno de ellos no estaría trabajando en esta empresa.

—Eso te lo tengo que dar por válido —aceptó Pablo.

Justo vino la mesera con una nueva jarra de cerveza y el silencio marcó que todos nos habíamos quedado pensando. Llené todos los vasos y seguí con el tema:

—¿Se dan cuenta de que siempre terminamos hablando de lo mismo?

—Es verdad. Lo que pasa es que en esta empresa nos pagan mierda y encima nos tratan como el orto —contestó Sergio.

Y yo, quizás a causa de la cerveza que me puso verborrágico, tal vez por la necesidad de sacarme un peso de encima —o ambas— largué una especie de confesión:

—Lo mío creo que es más profundo. No tiene que ver con cuánto nos pagan, ni por cómo nos tratan. Yo siento que estar nueve horas encerrado en una oficina es la muerte, una pérdida de tiempo.

—Pero todos los laburos son así —contestó Pablo.

—¿Y con eso qué? ¿Porque todos trabajan así nos tenemos que conformar, agachar la cabeza y seguir?

—El tema es que vos te lo tomás muy a la tremenda —trató de tranquilizarme Sergio.

—No es que me lo tome a la tremenda, pero me cuesta aceptar que la vida sea así. Entre las horas de laburo, más las de viaje y las de sueño suman más o menos dieciocho sobre las veinticuatro que tiene el día. Con lo que siento que casi todo el día estoy haciendo cosas que no me interesan, que no me dan nada más que plata.

—Me parece que te quejás de lleno. Se nota que siempre tuviste comida caliente —me dijo Pablo con cierta ironía. Lejos estuvo de hacerme reír. Igual intenté contestarle con tranquilidad.

—Es verdad que trabajamos en condiciones envidiables en muchos aspectos, pero de todos modos no me cierra. Por otro lado, el tuyo es un argumento bastante simplista. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos nos quejamos de nada más? ¿Como tuvimos la suerte de comer desde pibes, ahí se termina nuestra posibilidad de criticar? ¿Tenemos que aceptar la que nos toca? Yo no sé cómo no se dieron cuenta los psicólogos de tan genial argumento. Ante cualquiera que fuera a plantearle un problema, solo tendrían que contestarle: “¿Pero usted comió siempre caliente? Entonces vaya y vuelva cuando le pase algo en serio”. —Yo dije que lo intenté...

El clima se empezó a poner más espeso. Con Pablo nos llevábamos bien pero había ciertos puntos en los que no concordábamos. Y cuando esos puntos salían en una charla, nos sacábamos chispas. Se hizo un silencio que pareció una eternidad. Creo que hasta que un pavote —no recuerdo bien cuál de los dos (supongo que mi cerebro lo ignoró para que no me enojara más)— deslizó un “Pasó un ángel”. El que volvió a la charla fue Sergio.

—También tenemos que hacernos cargo de que nosotros elegimos estar acá —usó el plural para hacer más suave su comentario, pero iba dirigido a mí.

—Eso es verdad en parte —acepté—. Pero por otro lado el sistema nos lleva a esto. Nos educan para esto: para que seamos empleados, trabajemos, nos endeudemos; y a la felicidad la definen como comprarse una casa. Casi que a la felicidad la reducen a comprar. Es un círculo eterno del que es muy difícil salir. Y, en ese camino, vamos, o voy, si les gusta más, perdiendo

las ganas. Nada me motiva dentro de lo que pasa en la oficina y paso demasiado tiempo ahí como para aceptarlo así sin más.

—¿Y cuál es la solución? —preguntó Pablo.

—Imagino que trabajar en lo que a uno le gusta, que no es mi caso. Aunque también creo que estar haciendo ocho horas lo mismo todos los días de tu vida te termina cansando.

—Vos lo que no querés es laburar.

—Es verdad. Creo que la única salida es ganarse el Quini y vivir de rentas —tuve que admitir.

—Pero, ¿tenés idea de cuáles son las posibilidades de ganárselo? —contestó Pablo con esa lógica constante que regía su vida.

—Más que si no juego.

—Y mientras no te lo ganás ¿qué vas a hacer? —insistió Sergio.

—Por lo pronto, quejarme.

Otra vez el silencio se adueñó de la mesa. Por el contrario, el bar se había ido llenando de a poco y cada vez estaba más ruidoso. Todas las mesas estaban ocupadas por grupos que parecían, igual que nosotros, haber salido del trabajo y cumplir con el ritual de emborracharse para olvidar, para convencerse de que estuvo bien haber pasado cuarenta y cinco horas encerrados en la oficina, si con eso podían comprarse las cervezas de esa noche.

—Por ejemplo, —continué— ¿cuántas de estas personas pensás que realmente disfrutan de lo que hacen y cuántas siguen, simplemente, el camino más fácil o el que les imponen?

—¿Y vos sabés si realmente son infelices? —preguntó Sergio con algo de razón.

—No, claro que no. Eso solamente lo puede saber cada uno. Pero ¿no te sorprende que cuando una persona, cualquiera, pasa por algún suceso traumático (enfermedad, accidente,

lo que se te ocurra), lo primero que piensa es: “Voy a cambiar todo lo que vengo haciendo”? Vos, por ejemplo, pensá en cómo sería tu vida ideal, ¿Harías esto? ¿Vivirías así?

—No —contestó Sergio. Pablo se quedó en silencio pero sé que pensaba igual.

Sin embargo no me importó; se lo dejé pasar porque de repente tuve una especie de revelación. Volvió a mí la idea del miedo, esa sensación que había aparecido aquel día al terminar de correr.

El miedo puede, en ciertas situaciones, paralizar, frenar cualquier tipo de cambio; pero en otras puede ser el inicio del mismo, el punto de quiebre. Y yo necesitaba que algo pasara, una motivación extra en la vida y —como reconocí antes— el miedo ya lo tenía dentro. Lo que necesitaba era sacarlo, exteriorizarlo. Entonces comprendí que para hacerlo y para poder liberarme me iba a tener que transformar en él, jugar con él, aprender a manejarlo. Y la única manera de conseguirlo era hacérselo vivir a otro. Una especie de transferencia. Casi todos los miedos —por no decir todos— tienen algo de comunión, de unión entre —al menos— dos personas. La mayoría de los temores que tenemos nos los transmitieron nuestros padres en la crianza. Después, la sociedad y la necesidad de pertenecer a la misma, en sus diferentes acepciones, nos agrega algunos extras. Y, claro, los medios con sus mensajes de odio y destrucción constantes van acrecentando día a día la dosis, nos van encerrando cada vez más. Como a las plazas.

Estos miedos son los que rigen nuestras vidas, los que definen nuestras personalidades y los que movilizan o paralizan al mundo. Como diría Arbolito: Los miedos son como una nueva religión.

Pero estos —la mayoría al menos— son miedos estéticos, por decirlo de alguna manera. Para lo único que sirven es para

transformarnos en seres uniformes, mansos, una sociedad dormida. Solo algunos pocos logran superarlos; y esos, creo yo, son los más felices.

Quizás el único miedo genuino, el más puro, es el miedo a la muerte que, a la vez, es el gran movilizador. Cualquiera que se enfrenta cara a cara con ella y logra engañarla por un tiempo, sacarle unos días más, vuelve cambiado.

Al darme cuenta de eso, del poder del temor a la muerte, tuve una revelación que iba a cambiar mi vida (y la de muchos) para siempre: a través del miedo iba a generar conciencia, a lograr que muchos encauzaran su rumbo hacia lo que realmente querían y no hacia donde debían o con lo que se habían conformado. Iba a ser una especie de justiciero, un Ángel del Tiempo Perdido. Claro que iba a haber caídos en el camino, pero todo por una causa noble, por mejorar una sociedad podrida y conformista. Seguramente la gente no lo comprendería, incluso podría odiarme; pero eso no importaba. Los cambios no se proponen, se hacen. Como las revoluciones.

Un grito me sacó de mi ensoñación. De repente volví al bar. Mis compañeros de mesa se estaban riendo, al parecer de mí. Poco me importó.

—Te re colgaste —dijo Sergio con ese tono de Barrio Norte que me hacía odiarlo casi tanto como el hecho de que no abriera la cortina.

Me paré y los observé en silencio. Me detuve unos segundos en cada uno de ellos y los odié. Un sentimiento de no pertenencia creció aún más en mí.

Sin decir nada me fui. El fresco y la pureza del aire al salir del encierro del bar me despabilaron. Caía una leve llovizna. En el cine, el recurso de la lluvia o algún tipo de caída de agua sobre el personaje principal se usa para marcar una especie de

bautismo, un cambio de estado. Sentí que esa llovizna estaba relacionada conmigo, que el universo aceptaba aquello en lo que me iba a convertir. Y no solo lo aceptaba sino que me daba su visto bueno.

A pesar de que podía tomar el colectivo a la vuelta del bar, decidí ir a otra parada más lejana. Necesitaba caminar un poco. Fui por Balcarce hacia Plaza de Mayo. Esa zona que durante el día es un reguero de gente a esas horas de la madrugada estaba casi vacía, lo que la hacía mucho más hermosa. En las galerías aledañas a la plaza había personas que intentaban refugiarse de la lluvia. Algunas de ellas pasarían la noche ahí, durmiendo en las puertas de los lugares que más plata generaban. Y el mundo, nosotros, lo aceptamos como normal.

De repente algo llamó mi atención. A pesar de la garúa y el horario una chica corría alrededor de la plaza. Me senté en un banco a observarla. Ella no pareció percibir mi presencia. Me sorprendió el descaro, la valentía de estar sola a esas horas en un lugar desierto. Debo admitir que el hecho de que fuera mujer hacía que me incomodara más aún. Pero en vez de enojarme conmigo por haberme convertido en este ser miedoso, mi enojo se centró en ella. Miré a mi alrededor y confirmé que no había nadie. Un pensamiento se adueñó de mí: “¡Qué fácil sería matarla en este instante! Nada nos une, no hay forma de que nos conecten”.

Observé con más atención la plaza. Estaba completamente vacía. A mi izquierda tenía la Casa Rosada, vallada aunque iluminada como si fuera parte de una exhibición de museo. “Algo de eso hay”, pensé. Seguramente habría algún guardia pero no se lo veía. A mi derecha, yendo para el lado del Cabildo, un foco cercano a un árbol grande estaba quemado, lo que generaba un punto ciego. Si por casualidad había alguien dando vueltas, solo podría verme si se acercara por Defensa o si estuviese en

las galerías de Yrigoyen. Pero no parecía haber nadie. Apenas algunos cuerpos tendidos, tapados con los restos del resto de la sociedad.

La chica seguía corriendo. En la siguiente vuelta conté cuánto tardaba en llegar desde la esquina hasta el punto ciego. Después calculé cuánto demoraría en llegar yo, desde mi banco hasta el mismo sector. Ella volvió a pasar frente a mí, sin prestarme la mínima atención. Al ver que llegaba a la Casa Rosada me paré y comencé a seguirla con la mirada. Cuando alcanzó mi misma altura, pero al otro lado de la plaza, empecé a caminar. Mientras yo hice unos diez metros, ella ya había llegado hasta la esquina. Apuré el paso. Ella seguía corriendo, inconsciente de lo que ocurría a su alrededor. En realidad, todos solemos vivir sin prestar demasiada atención a lo que pasa cerca de nosotros, y solo cuando algo significativo sucede, cuando un momento que parecía intrascendente se convierte en un punto de quiebre, empezamos a recapitular. ¿Qué hubiera pasado si no iba a tal lugar? ¿Y si no hubiera dicho tal cosa? O viceversa. Pero siempre que llegamos a eso ya es tarde. Algo cambió. Y a los más obsesivos ese momento, esa decisión mal tomada, ese instante de duda, vuelve miles de veces para atormentarnos.

Faltaban unos metros nada más para que nos juntáramos en el punto ciego. Las matemáticas, finalmente, me habían servido de algo. Cuando giró en la esquina y quedamos enfrentados, una gran emoción, mezcla de miedo, incertidumbre y adrenalina me recorrió el cuerpo. Mi corazón empezó a latir más fuerte. Lo escuchaba, lo sentía. Apreté las llaves de mi casa —el objeto más punzante que tenía conmigo— en mi mano derecha.

Miré por última vez a mi alrededor y confirmé que nadie nos veía. Di otro paso. No me faltarían más que unos tres para llegar al punto elegido. “Eso es una *deadline*”, pensé y sonreí. Eso me relajó.

Dos pasos. Ingresé en el punto ciego. Sentí cómo la sombra me engulló y nos volvimos uno.

Último paso. La escena se puso en cámara lenta. Saqué mi mano derecha y miré a la chica a los ojos. Recién entonces pude verla en detalle. Era divina, joven, llena de vida. Creo que fue en ese momento cuando ella notó mi presencia. No me miró a los ojos aunque aceleró el ritmo. Percibí su miedo y me gustó. Era mi presa. La situación de control me envalentonó. Pero cuando quedamos a la misma altura, una serie de dudas me asaltaron. Por un lado, ¿sería factible asesinarla clavándole una llave en el cuello? ¿O debería ahorcarla? Temía fallar y que se me escapara. Por otro, no tener el equipamiento necesario para no dejar ninguna huella que me conectara sería muy riesgoso y me parecía un despropósito caer en la primera incursión en este arte solo por haberme apurado a causa de que la situación se me había dado en bandeja. Sin embargo lo que más me preocupaba era lo poco poético del método. Era difícil intentar dar un mensaje con esa desprolijidad. Así que en el último segundo, cuando ya la tenía a mi merced, la dejé pasar y giré para ver cómo seguía corriendo. ¿Sería consciente ella de que le había perdonado la vida, de lo cerca que estuvo de morir? Algo había percibido porque, al llegar a la Casa Rosada, en vez de doblar a la izquierda para continuar con el recorrido, siguió derecho y desapareció.

En el viaje de vuelta pude ver en varias de las plazas por las que pasé con el colectivo que, a pesar de la hora, había gente haciendo ejercicio. “Encontré víctimas en demasía”, pensé.

Esa noche dormí relajado como hacía mucho tiempo no me pasaba; y al día siguiente lo primero que hice fue ir a comprarme una navaja.

CAPÍTULO V

De un tiempo a esa parte me había vuelto una persona solitaria. Creo que el punto de inflexión había sido mi última separación. Después de eso, medio consciente, medio inconscientemente, había decidido encerrarme en mi mundo y, sobre todo, había resuelto no volver a hacer nada que no tuviera ganas. En mis tiempos libres, claro. Mis padres ya no estaban, y tampoco es que fuera tan apegado a ellos. El haber sido hijo único me había acostumbrado desde chico a estar solo. Incluso, con el tiempo me había ido alejando de las pocas amistades que me quedaban. Es cierto que estaba convencido –y sigo sosteniéndolo– de que muchas de esas relaciones me habían quedado solo por costumbre. El tema era que, como había compartido ciertas experiencias y momentos de la juventud, durante mucho tiempo me sentía obligado a mantenerlas a pesar de que era notorio que ya no compartíamos nada, que no me interesaban sus historias (y viceversa) y que las juntadas eran cada vez más incómodas. Al volver de esas reuniones terminaba agotado por el esfuerzo que me suponían. Así que un día, sin ningún tipo de aviso, desaparecí. Tampoco recibí ningún mensaje para que volviera. Creo que fue un alivio para todos. A algunos los seguía viendo esporádicamente por separado, pero salvo por las salidas con la gente del trabajo, unas pocas citas de búsqueda simplemente carnal o alguna película que me interesara ver en el cine, casi no salía de casa más que para trabajar. Bueno, en el último tiempo, también a correr.

En el trabajo tampoco era el ser más sociable. La teoría de mis compañeros era que yo hablaba poco. La mía era que ellos hablaban mucho. La gente, en general, habla más de lo necesario. Lo peor era que mi atención se había vuelto más volátil. No podía evitar perder la concentración a poco de haber empezado la conversación, hasta cuando me hablaban de temas relacionados con el trabajo. Por momentos, cuando era consciente de que me estaba pasando, intentaba con todas mis fuerzas seguir el hilo de ciertas charlas, sobre todo porque sabía que algunas eran necesarias para sobrevivir dentro de la farsa; pero era más fuerte que yo: mi mente se iba a lugares lejanos y ya no podía volver. Cada tanto quedaba en offside, cuando la charla suponía algún tipo de interacción mía; pero algunas respuestas generales, del tipo “Y eso lo voy a saber mejor cuando analice la documentación” solían ayudarme a salir del paso. Salvo cuando no existía tal documentación, claro.

Más se me complicaba cuando me reunía con uno de los líderes. Desde su oficina, toda vidriada, se podía ver a lo lejos los aviones que aterrizaban en Aeroparque. Hasta se veía un poco del río. Era exactamente lo opuesto a mi vista reducida por el enjambre de edificios y cables. Recuerdo que en esos días leí una nota de un preso que estuvo encerrado durante veinte años en una celda de tres metros por cuatro, sin salir de ella. Cuando lo liberaron, su vista se había adaptado y no podía ver nada que estuviera más allá de cuatro metros. ¿Podría pasarme algo así?

Volviendo a los aviones, ver el desfile de sus aterrizajes tenía un efecto hipnótico en mí. De la última reunión lo único que recordaba cuando salí era que habían aterrizado nueve. La verdad, era un milagro que todavía tuviera trabajo.

La despersonalización de mi escritorio también era una marca clara de lo poco apegado que era al mismo, de que

nunca lo había sentido como un lugar propio. No tenía ni una foto ni un recorte, nada alusivo a mi persona que demostrara que en ese lugar, hacía años que me sentaba durante nueve horas, todos los días. Ni siquiera había cambiado el fondo de pantalla de la computadora.

El lunes después del suceso en la plaza llegué a la oficina y, como cada día, me tomé la primera hora para volver a desayunar mientras escuchaba algún disco, me ponía al día con los resultados del campeonato local y daba una pasada por los policiales. Muerte, destrucción y un Atlanta imbatible eran el menú del día.

Como era de esperar, fue Sergio el que cortó mi pequeña ceremonia de la mañana. Se me paró al lado y se quedó mirando mi pantalla. Una violación a la intimidad que debería ser penada.

—¿Qué pasa? —le pregunté

—Nada, me gusta hacerte sacar los auriculares —me contestó. ¡Qué mala manera de arrancar un lunes! Solo la decisión de que mi víctima no tenía que tener ningún tipo de lazo conmigo hacía que él no fuera objeto de mi primer asesinato. Y no tenía idea.

—Muy gracioso —Me estaba poniendo los auriculares de nuevo cuando insistió:

—Che, ¡cómo desapareciste el otro día! Pensamos que te habías ido al baño pero no volviste más.

—Sí, me sentía medio mal —mentí.

—Ah... sí, te fuiste hecho un fantasma.

—¿Se quedaron hasta tarde?

—Bastante. Se puso lindo después.

—Qué bueno —dije sin ningún tipo de expresión que demostrara que realmente me alegrara y mientras me ponía los

auriculares para finalizar la hermosa diatriba que cortaba mi tranquilidad.

De repente, una situación extraña se robó mi atención. Por una de las pocas ventanas abiertas, una mariposa se metió en la oficina y se posó en el borde de mi escritorio. Me quedé observándola por varios minutos. Era hermosa. El dibujo de sus alas armaba como unos ojos que parecían mirarme con tristeza. En ese momento recordé el eterno rumor, medio romántico, medio melancólico, de que las mariposas solo viven un día, y ver que lo perdía en una oficina, sin poder salir de ahí, sin poder volar libremente, me deprimió más que un domingo a la noche. Si la naturaleza era sabia, y en el último tiempo me hablaba a través de pájaros y mariposas, parecía estar divirtiéndose conmigo.

Por momentos levantaba vuelo pero chocaba contra la ventana sin encontrar la salida y volvía a posarse en mi escritorio. “Es que de acá no hay salida”, le (y me) susurré asegurándome que nadie escuchara. Ella abría y cerraba las alas en un ritual inentendible. Sabía que su vida estaba en mis manos. Con un simple movimiento podía terminar con lo que yo entendía que era un sufrimiento, pero me parecía propio del peor de los egoísmos matar un ser que apenas viviría un día. Aunque lo que más me preocupó en ese instante fue pensar cómo iba a ser capaz de matar una persona con ese sentimentalismo. “La gran diferencia es que las personas se encierran por sí mismas”, intenté convencerme.

Otra vez, Sergio me sacó de mi divague.

—Hace como diez minutos que estás colgado con la mariposa. Pareces un boludo.

—Estaba pensando qué lindo sería tener un compañero como ella, que no hablara —le contesté. Él sonrió pensando que era un chiste.

Cerré el puño para aplastarla pero justo cuando estaba por desquitarse en ella mi odio hacia Sergio, consciente de que él, ajeno a su personalidad irritante, funcionaba más que nada como un representante de la raza humana, la chica de limpieza pasó y después de decir “Qué linda”, la agarró y la soltó por la ventana abierta. Mi vacío creció. Me quedé mirando el recorrido irregular que marcaba en su vuelo. Eso, de alguna manera, me relajó. Metí la mano en mi bolsillo y sentí el frío de la navaja. “Te salvaste”, pensé. Pero sabía que ese pensamiento no iba dirigido a la mariposa.

Como los lunes solía tener menos ganas de trabajar que el resto de la semana, me pasé más de la cuenta leyendo los policiales, tanto de ese día como de las semanas anteriores. Mi idea era estudiar el tratamiento que les daban ya que sabía que tenía entre los medios un aliado para que nadie pudiera relacionarme con los asesinatos. Si era inteligente y no dejaba ninguna pista, estos se iban a encargar de, con la excusa de que estaban investigando, llenar los vacíos con todo tipo de hipótesis que funcionarían como mi coartada; serían mis aliados distractores involuntarios. De los últimos años recordaba algunos casos que me avalaban. Por ejemplo, una familia que viajaba de José Mármol a Pergamino desapareció por varios días. Hasta que los encontraron muertos las hipótesis mutaron desde que el padre era un violento hasta que tenía deudas del juego, pasando por todas las aristas intermedias. Lo mismo cada vez que asesinaban a una joven. Padrastros violadores que no eran tales, novios asesinos, madres celosas, familiares envueltos en trata de personas, todo valía para llenar las páginas. Eso, bien usado, podría resultar un camuflaje perfecto.

Esa noche, tras, como se puede vislumbrar, un arduo día laboral, decidí salir a correr. En parte para relajarme, en parte para ver si realmente había gente que se animaba a salir a

cualquier hora o si había sido una casualidad de aquel viernes. A pesar de que eran más de las once de la noche varios todavía seguían haciendo ejercicios. Eran menos que los que solía haber a la tarde, pero aún así, había. También, imaginé, el frío habría coartado las aspiraciones deportivas de algunos.

Di varias vueltas, más concentrado en los alrededores que en el ejercicio mismo. Los pibes de la primera vez estaban en el mismo banco tomando —espero— otra birra. La zona de los juegos a esa hora estaba vacía. En otro banco, un poco más oculto por los árboles, una chica vestida todavía con el uniforme del colegio católico que quedaba enfrente de la plaza se movía groseramente sentada encima de su también joven novio mientras creía pasar desapercibida (o tal vez no le importara la mirada de los otros). En la esquina del escudo pintado, donde la reja armaba un recodo, había un patrullero cruzado en diagonal sobre la vereda, entorpeciendo el paso, y, como si eso fuera poco, con un policía que dormía en su interior. “Sería un lindo llamado de atención a su notable eficiencia dejarle un muerto en el capó del coche”, pensé. Pero no, esa noche no iba a ser. Ni siquiera había llevado mi hermosa navaja.

Entre tantos divagues finalmente llegué a correr diez vueltas sin frenar y sin morir en el intento, por primera vez desde que había empezado a salir. Cuando llegué a la esquina donde coronaba mi epopeya, festejé con los brazos en alto como si hubiera completado el maratón de New York. Mientras caminaba las cuadras hasta mi departamento, la alegría del objetivo cumplido me llevó a la conclusión de que la etapa de entrenamiento había terminado. Ya estaba listo. Era hora de entrar en acción.

CAPÍTULO VI

Domingo. No, peor, domingo a la tarde. Estaba solo sentado en el balcón tomando unos mates. La vida al aire libre. La gente pasaba haciéndose la que disfrutaba ese momento de la semana. Familias enteras llevaban los niños a la plaza para compartir la tarde aunque, cuando llegaban, los hijos jugaban por un lado y los padres se conectaban al mundo a través de sus celulares. En la cuadra de enfrente había una chica todavía vestida con la ropa de la noche anterior, claro indicio de haberse levantado en una casa desconocida a la que posiblemente no querría volver. Una pareja se besaba en la parada del colectivo; ella con una rosa en una mano y él, con un gesto tosco, intentaba tocarle el culo como si fuera un accidente, como si no hubiera planeado cada movimiento –incluso el regalo de la rosa– para llegar a eso. En la esquina, las quiosqueras aprovechaban los últimos rayos de sol cuya llegada permitía un edificio a lo lejos, leyendo el diario y hablando a los gritos con los vecinos. Un domingo demasiado domingo.

Miré la hora: 4:48. Según un estudio –que después convirtió en una obra de arte Sarah Kane– esa es la hora en la que crece la tasa de suicidios en los psiquiátricos de Inglaterra debido a que es cuando a los pacientes se les pasa el efecto de los fármacos. Claro que no es solo por eso, sino que tiene que ver con lo que ese momento del día representa para cada uno. Ya desde chicos nos adoctrinan para estar deprimidos los domingos a la tarde. Y de grandes intentamos evitarlo con

algunos placebos como ir a la plaza en familia, tocarle el culo a una chica en la parada del colectivo, sentarnos a mirar fútbol en continuado hasta la hora de dormir o consumir alcohol por demás. La mecánica es la misma que la de los pacientes, solo que la de ellos viene en forma de pastillas.

Así, divagando, se me pasó la tarde. Todavía era de día pero ya se empezaban a vislumbrar los primeros síntomas de la noche y ese cambio de tonalidad en el cielo iba produciendo su correlato en mi depresión. Necesitaba distraerme. Prendí la tele y puse uno de los partidos que televisaban, pero diez minutos alcanzaron para aburrirme aún más. Percibía algo en mi interior que pugnaba por salir, pero tardé en darme cuenta de qué era. Inesperadamente, mientras ordenaba un poco el departamento, encontré la navaja y algo me dijo que había llegado el día.

Me pegué una ducha y me vestí de negro, como para pasar desapercibido en cualquier tipo de situación que se diera. Por suerte, siempre me gustó la ropa oscura, así que no tuve problemas para encontrar la vestimenta adecuada. Armé una mochila con lo que iba a necesitar esa noche: unos guantes, otra muda, un libro por si me hacían esperar y —claro— la vedette, mi nueva navaja. Antes de guardarla la abrí. Estaba impoluta. Incluso podía ver mi reflejo en la hoja.

Una vez que chequeé todo varias veces, salí con la única certeza de que pasara lo que pasase iba a volver cambiado. Caminé hasta Nazca y tomé la Línea A hacia el Centro. El vacío y el silencio en el subte me permitieron reparar en su belleza, algo impensado en la vorágine semanal, pero, a la vez, ahondaron mi soledad.

Fui hasta Plaza de Mayo donde —de alguna manera— había arrancado todo. Eran apenas las nueve de la noche. Mucha gente todavía daba vueltas por la plaza y sus alrededores, así que decidí hacer tiempo. Me metí en un bar, pedí una cerveza

y me confundí con la gente que miraba cómo River perdía una vez más. La verdad que pasar desapercibido en el bar fue bastante fácil. Nadie me prestó atención durante el tiempo que estuve, solo el mozo, para traerme el pedido y para cobrarme al irme.

Al pararme sentí cómo la cerveza se me subía a la cabeza, lo que me recordó cuando de joven tomaba alcohol antes de ir a bailar para tener el valor de hablarle a algún intento de conquista. “Algo de eso hay”, pensé mientras cerraba la puerta del bar y metía las manos en los bolsillos de la campera. El frío de la noche hizo que unas volutas de humo salieran de mi boca.

Volví a la plaza y me senté en el mismo banco de aquel viernes. No había mucha gente. Solo algunas parejas que se notaba que estaban de paso. Nadie hacía ejercicios. Abrí la mochila y saqué el libro. Había llevado “El guardián entre el centeno”, de J. D. Salinger. Me pareció el libro adecuado. Leí unas páginas pero no lograba concentrarme. Todo el tiempo chequeaba los accesos por si llegaba una posible víctima. Cuando estaba por perder las esperanzas, una chica entró corriendo a la plaza. Una euforia, mezcla de miedo y de ansias, se apoderó de mí. Miré hacia todos lados y comprobé que quedábamos solamente ella y yo. Era perfecto.

Ella salió de su casa no del todo convencida, casi enojada consigo misma por la decisión. “Después siempre te sentís mejor”, se dijo. Estiró las mangas de su remera para ponerlas a la par de sus guantes; se acomodó el cuello polar para que le tapara la boca y le dio play al reproductor de música. Los acordes del inicio de “Titanium”, de David Guetta sonaron junto a sus primeros pasos. En el último tiempo la música electrónica la motivaba a hacer ejercicio. Sentía que entraba en sintonía con ella, que le marcaba el ritmo. Era en el único momento que disfrutaba de esa clase de música. Fue corriendo por Perú y dobló en Roca.

El semáforo de Yrigoyen cortó justo, lo que le permitió cruzar sin frenar. “Buena señal”, pensó. Y sin saber lo que le esperaba, aceleró para dar la primera vuelta a la plaza.

Entró corriendo con un ritmo firme que demostraba que no era la primera vez que salía. Estaba completamente vestida de negro, salvo por las zapatillas. Incluso, un cuello polar le tapaba la mitad de la cara y se confundía con su pelo, negro también. Pasó por adelante del banco como una sombra, como un espectro y, al igual que la chica de la vez anterior, ni se percató de mi presencia.

Seguí su recorrido. Por suerte (o no) dobló al llegar a la Casa Rosada y retomó por Rivadavia. Cuando llegó a la esquina por la que había arrancado, calculé cuánto tardaba en entrar al punto ciego. Aunque había pasado un tiempo desde la última vez, no habían arreglado el foco, lo que no me sorprendió para nada. Ya imaginaba la nota de color al día siguiente: “La falta de luz en la plaza había sido denunciada en varias ocasiones por los vecinos y nadie hizo nada”. Sonreí.

Miré cómo daba una nueva vuelta. Cada vez que llegaba a la esquina de Yrigoyen temía que siguiera de largo y se fuera, así que cuando volvió a pasarme, me paré, me puse los guantes y empecé a caminar lentamente hacia el lado contrario. Frené un segundo para abrir la navaja. Su frío traspasó el abrigo de los guantes. Las luces rosadas de la Casa de Gobierno y las azules del Banco de la Nación se reflejaron en ella.

La chica desperdició su última chance y dobló para hacer una vuelta más. No pude evitar sentir un poco de angustia ante lo que ocurriría. Pero era necesario. Ella no lo sabía pero se convertiría en mártir, un punto de quiebre en el mundo de hoy. Era más de lo que cualquiera podía aspirar.

Di los últimos pasos hasta el punto ciego asegurándome de que no hubiera ningún curioso de último momento. Nada.

Parecía una ciudad vacía. Mi corazón empezó a latir con todas sus fuerzas, al punto de sentirlo como un bombo en mis tímpanos. Entré en la oscuridad en el mismo momento que ella. Alguien que lo viera desde afuera lo percibiría como esas lámparas de lava en las que las gotas de cera se unen y forman una sola.

No me vio hasta el último segundo. En lo que pareció una eternidad, primero me miró a los ojos y, rápidamente, bajó la vista hacia la navaja. Sus ojos se abrieron y el terror se apoderó de ella. Pero ya era tarde. Con una mano le tapé la boca mientras con la otra nos uníamos para siempre. Me miraba sin comprender. “Era necesario”, le dije para intentar calmarla aunque sabía que no lo iba a entender. Cuando sentí su último aliento, la acosté con suavidad, casi con dulzura, en el piso. Por último le saqué el reproductor de MP3 y le dejé los auriculares. Sabía que con eso les daría un titular, un porqué.

Miré los alrededores una vez más. La calma de la ciudad, igual a ese silencio que había soñado tras disparar en sueño a los de la oficina, ayudó a mi propia calma. Me saqué los guantes y los guardé junto a la navaja en una bolsa que metí en la mochila con el reproductor. Me fui caminando, como unas horas atrás había abandonado el bar: con las manos en los bolsillos, y me puse la capucha de la campera. Igualmente el calor que me había producido la adrenalina hacía que no sintiera nada de frío. Caminé unas cuatro cuadras por Rivadavia y me quedé en la parada del 8. No tardó más de diez minutos. El colectivo venía vacío así que me senté en uno de los asientos individuales. Abrí la mochila, saqué el reproductor y le puse mis auriculares. Una música horrorosa empezó a salir. Eso, sumado a la paz interior que sentía, de alguna manera inexplicable, inentendible para muchos, me demostraron que había hecho un bien.

CAPÍTULO VII

Estaba cazando en el campo, cuando un fuerte zumbido como de millones de abejas invadió la escena. Giró para mirar hacia el sonido y vio una especie de nube gris formada por algún tipo de insecto (no llegaba a dilucidar si eran realmente abejas) que se acercaba a toda velocidad hacia donde estaban. Una mano se posó en su brazo. Dio vuelta la cabeza y vio que su padre sonreía —una imagen que hacía muchos años no veía— buscando tranquilizarlo. Inesperadamente, sintió que lo zarandeaban con más intensidad. Se despertó pero, en una continuidad del sueño, notó que lo seguían sacudiendo. Era su esposa que, somnolienta, intentaba despertarlo. Cuando reaccionó, comprendió que el zumbido provenía de su celular, apoyado sobre la mesa de luz, y desde el que llegaba la única iluminación del cuarto. El nombre de su jefe aparecía en la pantalla. “Malas noticias”, pensó. Tomó el teléfono y, para no terminar de despertar a su mujer, salió hacia el living cerrando la puerta tras de sí. Atendió el llamado mientras el frío le hacía sentir que hubiera sido bueno agarrar algo de ropa.

—Buen día, Pintos. O buenas noches, no sé bien —contestó, dejando en claro que lo había despertado, aunque sabía que al otro le iba a importar muy poco.

—Buenos días, Suárez. Apareció una chica muerta en Plaza de Mayo —arrancó sin ninguna anestesia—. La encontró un vecino hace un rato. Aparentemente, un robo. Necesitaría que llegues antes del horario laboral, así la gente no arranca el

día con ese espectáculo, y lo más rápido que puedas para que ningún curioso eche a perder la escena.

—Entendido —fue lo único que llegó a decir mientras sintió cómo del otro lado cortaban.

Miró la hora. Seis de la mañana. Subió la persiana del living y observó la ciudad. Todavía era de noche y, sumado el silencio de esas horas, Buenos Aires tenía una apariencia apacible. Sin embargo, sabía que esa calma escondía una ciudad bestial donde pasaban todo tipo de atrocidades. Y él era uno de los encargados de descubrir quién era el que las cometía. Aunque, en su interior, lo que más le interesaba era averiguar el motivo que llevaba a una persona con una vida común y corriente a matar a otra; reconstruir esos últimos minutos y meterse dentro de la cabeza del asesino para, si fuera posible, comprender su decisión. Siempre le había apasionado esa parte de las historias y si bien comúnmente lograba descifrar el porqué, rara vez llegaba a comprenderlo.

Encendió la cafetera y se fue a duchar. Necesitaba estar lo más despabilado posible para enfrentarse a la escena de un crimen. Tomó el café de dos sorbos mientras terminaba de secarse y se vistió lo más rápido que pudo. Veinte minutos después del llamado de Pintos ya estaba bajando los trece pisos hasta el estacionamiento. Plaza de Mayo quedaba a no más de diez minutos y a esa hora, con la mayoría de la ciudad dormida, no tuvo problemas para llegar.

En el lugar ya estaban Martínez, un viejo conocido, terminando de armar el perímetro con la cinta amarilla y un oficial de la policía científica al que él nunca había visto, examinando el cuerpo. Se saludó con Martínez con formalidad, sin demasiada energía, quizás debido a la hora, y se acercó al otro.

—Buenos días. Detective Suárez.

—Oficial Filippo.

—¿Qué datos tenemos?

—La víctima es una mujer de entre 25 y 30 años. Al parecer, estaba haciendo ejercicio y la atacaron para robarle un celular o un reproductor de música. Por la edad, imagino que no era un walkman —dijo, con ese humor raro que tienen los que se encargan de los muertos. Una especie de salvavidas para mantener la cabeza en orden—. El ataque fue realizado con un arma blanca en la zona abdominal. Una sola herida. Además, la víctima no parece haberse defendido con lo que se podría conjeturar que fue atacada por sorpresa. De todos modos, ya estoy mandando todo para que el forense confirme lo dicho.

—Muchas gracias. ¿Le falta mucho acá? Me gustaría sacar el cuerpo de la plaza lo antes posible.

—No, ya estoy terminando y la ambulancia está en camino.

—Perfecto.

El detective realizó una inspección rápida del cuerpo aunque finalmente no agregó nada a las anotaciones que había tomado.

—Martínez, ¿sabemos el nombre de la víctima?

—Acabamos de mandar las huellas para analizar. En un rato deberíamos tener novedades.

—Bien, ¿quién encontró el cuerpo?

—El hombre que está sentado en aquel banco.

Suárez se dirigió hacia el mismo lugar donde horas atrás el asesino había estado sentado a la espera de su víctima. Saludó al hombre con un apretón de manos mientras se presentaba.

—Detective Suárez. ¿Cómo se encuentra?— Sabía que algunos quedaban con algunas secuelas al encontrar un muerto. Más si había sido asesinado. Todavía recordaba la primera vez que había visto uno. También una chica joven. Tres tiros en el pecho le había dado el novio por una supuesta infidelidad. Lo había afectado bastante la mueca de terror en la cara de la

víctima pero lo que más recordaba era el olor. Uno cree que el olor a muerte es el de las flores en un funeral hasta que conoce el de un cuerpo en descomposición en una habitación cerrada.

—Bien. Un poco más tranquilo.

—Cuénteme lo que vio —Su momento de policía compasivo ya había pasado.

—Nada. Saqué a pasear a mi perro como cada mañana pero cuando llegué a la esquina vi algo en el piso. Cada tanto hay algún borracho o un linyera durmiendo en la plaza, así que tampoco es que me sorprendió. Pero a medida que me fui acercando vi el charco de sangre y automáticamente llamé a la policía.

—¿A qué hora fue eso?

—Y... lo saco todos los días a las 5:30, antes de ir a trabajar. Y estoy acá a la vuelta, así que cerca de esa hora.

—¿Vio a alguien?

—No. Encima, todavía era de noche, no hay mucha gente dando vueltas por acá.

—¿Tocó el cuerpo o algo del lugar?

—Le toqué el cuello para ver si sentía pulso pero nada. En ese momento, el perro se acercó a oler la sangre y lo tuve que frenar a los gritos. Después nada más.

Le tomó los datos por si tenía que contactarlo aunque sabía —a esa altura de su carrera lo podía intuir— que no iba a encontrar nada por ese lado y lo despidió. Le hizo un gesto de llamado con la mano a Martínez y se fue para la comisaría. A su llegada le informaron el nombre de la víctima y le pasaron los datos de sus padres. Decidió ir de inmediato y en persona a darles la noticia. Sabía que tenía que llegar antes de que la tele arrancara con su show de morbo. Cada noche, los gerentes de los canales ruegan por una noticia así, que les signifique un puntito más de rating, un sponsor nuevo o, al

menos, poder llenar algunos minutos de programación. Y la gente disfruta arrancar con ese tipo de historias. Parecería que necesitan saber que alguien murió o que pasan cosas trágicas para reafirmar o convencerse de que siguen vivos, que zafaron una noche más.

Un pequeño atasco en el tránsito hizo que tardara más de lo que pretendía y los ojos rojos del padre al recibirlo le confirmaron que ya era demasiado tarde.

CAPÍTULO VIII

Al día siguiente, a pesar de ser lunes, me levanté con una sonrisa. La paz interior me duraba y lo más importante era que no sentía pena ni remordimiento. Mi cuerpo estaba completamente relajado, señal de que había pasado una buena noche.

Me hice un desayuno liviano y volví a meterme en la cama para tomarlo. Mientras, prendí la tele. Si todo había salido bien, ya debería estar en algún canal de noticias.

En los primeros que pasé hablaban del pronóstico del tiempo y del caos del tránsito en los accesos a la Capital. La misma historia de siempre. Seguí cambiando hasta que llegué a TN: “Asesinan a una mujer frente a la Casa Rosada”, rezaba el graph. Unas lágrimas de alegría llenaron mis ojos. Sentí un momento de plenitud. Me imaginé como el músico cuando escucha a la gente cantar su canción por primera vez o el pintor que ve su cuadro colgado en un lugar ajeno. Subí el volumen: “*Vanesa Rodríguez fue encontrada muerta esta madrugada por un vecino que sacaba a pasear al perro. Hasta ahora no se encontraron testigos del hecho. Se presume que se trató de un robo aunque ya se empezó a investigar el círculo íntimo de la víctima*”.

Volvieron a estudio y pasaron a otro tema. Cambié de canal y puse Crónica. Placa roja: “Piba acuchillada frente a Casa Rosada”. Música más cercana a ser festiva que a ambientar un drama. Cambio de placa: “La habrían matado para robarle el celular”. No pude evitar que se me escapara una carcajada.

Placa roja en mi primera incursión. Era como debutar en Primera con un hat-trick. Y el abuso del condicional en el periodismo actual era una gema que debía aprovechar. Podía imaginar la cantidad innumerable de hipótesis que iban a tirar sin sentirse culpables, sin el menor decoro ante la situación, confundiendo a todos, incluyendo a la policía y menoscabando, de forma indirecta, la libertad de expresión.

Me levanté, me pegué una ducha y me alisté para salir hacia la oficina. Antes busqué en el reproductor que le había sacado a Vanesa (ahora ya sabía el nombre) algún disco respetable. Después de investigar un rato encontré *Legend*, de Bob Marley. Si bien no soy muy fanático de los compilados, me pareció un buen disco para arrancar un lunes. Puse *Play* y arrancó "Is this love". Mientras Marley, en una jugarreta del destino, cantaba que quería amarla y tratarla bien, empecé a caminar. En lugar de tomar el colectivo fui para el subte. Necesitaba pasar por el escenario de los hechos.

A esas horas, al contrario del día anterior, el subte no resultaba un lugar tan amable. Pude acomodarme en uno de los vértices del coche pero, a medida que pasaban las estaciones, se empezó a llenar y mi espacio se fue haciendo cada vez más chico, al punto de tener enfrente y muy cerca a un señor mayor que no paró de suspirar todo el viaje, lanzándome su fétido aliento mañanero en la cara. Pero nada podía arruinarme el día.

Bajé en Plaza de Mayo y caminé hacia el punto ciego, aunque a esa hora del día, con el sol iluminando la plaza, no existía. Sin embargo, las cintas amarillas con las que la policía suele marcar la escena del crimen lo simulaban casi a la perfección. El cuerpo había sido retirado. Solo quedaban restos de sangre. Un agente custodiaba el lugar como si alguien fuera a robarse algo. Mientras, un hombre identificado con el amarillo del

Gobierno de la Ciudad finalmente cambiaba la lámpara del farol que generaba por las noches el punto ciego. Tarde, como de costumbre. Siempre pasa lo mismo. Las situaciones se estiran lo máximo posible hasta que una tragedia, en la mayoría de los casos evitable, obliga a que, al menos por un tiempo, las cosas cambien. Ciento noventa y cuatro muertos para que empiecen a controlar un poco los lugares donde se hacen recitales. Cincuenta y uno en un tren para que los cambien, o al menos para que frenen. Y después, como una especie de 1984, lo venden como “Este Gobierno lo hizo”, olvidando lo que pasó, qué fue lo que generó el cambio. En un país futbolero por excelencia, como diría el ex mandamás: “Todo pasa”. Así que en los próximos meses y por tiempo indeterminado, la Plaza de Mayo sería la más iluminada de la ciudad. De nada.

Por puro morbo le pregunté al policía que cuidaba el perímetro cuántas cuadras me faltaban para llegar a Esmeralda. “Tres”, me respondió y volvió a mirar al frente. Al costado, un móvil de C5N llegó para filmar el lugar del hecho y sumar un poco más de miedo a la gente. Me quedé a escuchar, cuidando que las cámaras no me tomaran; y el cierre de la periodista fue una caricia para mi alma: “¿Cómo puede pasar algo así en la plaza más vigilada del país?”. Su error, voluntario o no, era pensar que la Plaza de Mayo, por su cercanía a la Casa Rosada, era un sitio vigilado.

Me fui caminando por Diagonal Norte para el lado del Obelisco. Llegué a la oficina más tarde de lo habitual. En la mañana del lunes se permitían ciertas licencias. Nadie quería empezar la semana.

Prendí la computadora y, mientras arrancaba, me fui a hacer un café. El resto de la mañana lo pasé recorriendo los diarios online, a ver qué se decía del caso. Todavía era muy temprano para que los medios empezaran a borrar la historia

con sus hipótesis descabelladas pero los comentaristas, esa especie que se encarga de dar su indispensable punto de vista en cada nota y a quienes, encima, los diarios premian dándoles status con lo que generaron un monstruo impune, empezaron a sembrar las diferentes semillas.

Arranqué por La Nación, diario que se caracteriza por tener los lectores menos tolerantes. Al parecer, el hecho del robo del reproductor de MP3 me convertía en un muchacho de tez oscura, proveniente de un país limítrofe y que vivía en una villa. Y eso los indignaba aún más. “En este país ya te matan por cualquier cosa”. “Una bomba en las villas. Esa es la solución”. “Es el único país donde dejamos entrar a cualquiera y les damos casa, salud y educación”. “Yo ya me compré un arma. Cuando uno de estos aparezca por mi casa, lo cago a tiros”. Ese último me tentó a hacerle una visita pero significaría mucho trabajo ponerme a rastrear de dónde era. Aunque, el comentario más festejado, o sea al que más “Me gusta” le pusieron, como si hubiera hecho una revelación extraordinaria, fue: “Hay que matar a todos estos negros de mierda”. Algunos, incluso, le echaban la culpa a la chica por salir a correr tan tarde. La verdad que es un milagro que nosotros seamos la especie evolucionada y, sobre todo, que sigamos vivos.

En el resto de los diarios pasaba más o menos lo mismo. La única diferencia era que, dependiendo de la ideología o, para ser más realista ya que la palabra “Ideología” queda demasiado grande, con quiénes estuvieran alineados, le echaban la culpa al Gobierno Nacional de no matar a todos los villeros o responsabilizaban al Gobierno de la Ciudad. A decir verdad, en el último tiempo toda discusión sobre cualquier tema, en el país, había tomado ese cariz de Boca–River.

Esa noche volví a casa y saqué la navaja de la mezcla de agua y alcohol en que la había dejado. Estaba impoluta de

nuevo. También lavé toda la ropa que había utilizado la noche anterior, incluyendo la mochila. Ya nada me relacionaba con Vanesa. Al menos para la mirada de los otros (sobre todo de la policía).

A eso de las once salí a correr a la plaza de siempre. En parte porque quería chequear si, como en el Efecto Mariposa, lo pasado en Plaza de Mayo había cambiado en algo la rutina a unas ochenta cuadas. Tenía la esperanza de que hubiera mermado un poco la concurrencia pero no, nada parecía haberse modificado. Dos chicas jóvenes corrían por separado, sin siquiera asegurarse de no quedar solas en la parte oscura de la plaza. Un flaco elongaba tras un árbol, lo que lo dejaba completamente oculto y lo convertía en una blanco fácil. Como siempre, los pibes seguían en su banco fumando y tomando birra. La parejita de la otra vez, que parecía ser parte del grupo de los pibes, estaba usando el mismo banco para su ritual amoroso. Mi primera incursión no había tenido ninguna fuerza educativa, aunque tampoco esperaba demasiado tan pronto. Iba a ser un proceso lento pero a la larga iban a aprender a tener miedo. Eso sí, verlos tan tranquilos, tan ajenos a lo de Vanesa, aceleró mi necesidad de volver al ruedo.

CAPÍTULO IX

Para mi segunda incursión necesitaba cambiar de escenario. La primera plaza que se me vino a la cabeza fue la del Congreso junto a su aledaña, la Mariano Moreno. Recordé que cuando trabajaba en una empresa cercana y me tocaba quedarme hasta tarde, al salir siempre veía gente corriendo ahí. Sabía que era un objetivo difícil por estar ubicada en una parte muy concurrida de la ciudad, sumado a que tiene un teatro y un cine en frente, pero me pareció que era una meta cumplible.

Además me tentaba la idea de, al modo de Hansel y Gretel, ir dejando marcado el camino recorrido. Una especie de firma. Había leído que los asesinos seriales suelen dejar una marca para que sus diferentes crímenes puedan ser identificados como de un mismo autor, tanto por la policía como por los medios y la gente. Así aspiran a tener una identidad, a ser reconocidos desde la oscuridad. Y muchas veces, esa marca termina siendo su debilidad. Pero lo mío era más sutil.

Una vez definido el nuevo escenario, me pareció necesario hacer un reconocimiento del terreno; así que al día siguiente, después del horario laboral, me quedé por el Centro. A las seis en punto me fui de la oficina a pesar de que iba a tener que esperar varias horas para poder ver el lugar en un horario similar al que haría mi aparición. Pero era más fuerte que yo. No podía regalarle ni un segundo a la empresa.

Aproveché y me fui a caminar por Corrientes. Siempre me gustó pasear por ahí sin el ritmo frenético con que solía

hacerlo en los días ordinarios. Ir a otra velocidad que el resto me daba una sensación de paz y me permitía disfrutar y reparar en cosas y situaciones que en otro momento me pasarían inadvertidas. De paso entré a una librería de saldos y compré algunos clásicos que sabía que probablemente nunca leería. Después me metí en el Gaumont a ver una película argentina que prometía por sus actores pero que terminó siendo un fiasco. Al salir fui a La Americana y comí unas porciones de parado. Así esperé que se hicieran las 23. Ya era un buen horario.

Enfilé para la plaza, me senté en un banco cerca de la zona de los juegos y el lugar exacto se me presentó al instante: la esquina de Yrigoyen y Sáenz Peña, donde la calle hace una curva antes de llegar a Avenida de Mayo y un árbol enorme cubre la visión de casi de todos los flancos, armaban el escenario perfecto, un nuevo punto ciego ideal para mi tarea. Lo único que me faltaba confirmar era que hubiera gente corriendo por ahí. La mayoría utilizaba la Plaza del Congreso, que es mucho más grande, pero después de estar un tiempo comprobé que algunos pasaban por ahí cuando ya habían terminado sus ejercicios. Misión cumplida.

Crucé y tomé el colectivo de regreso. Conseguí un asiento junto a la ventanilla que me permitía ir observando el paisaje. Mientras miraba la desolación de la que alardeamos por ser la avenida más larga del mundo, varios jóvenes con rastros (y rostros) de volver de la facultad fueron subiendo y llenando el colectivo con esa mezcla de cansancio y soberbia por encontrarse transitando el periodo de la vida deseado por la mayoría, el lapso más conflictivo pero a la vez en el que uno es más importante. Para mí, los que están entre los 25 y los 40 (este tope fue subiendo a medida que me fui acercando) son los que realmente le importan a la sociedad, los que pueden conseguir un cambio y, a la vez, a

los que este más afecta; los que están viviendo la etapa en la que todavía se tiene libertad de elección, en la que se puede patear el tablero y arrancar de nuevo, en la que uno empieza a sentirse más conforme con lo que es y a disfrutar de la vida. Los mayores se convencen de que lo más importante viene con los hijos o los nietos, pero no. Eso ya es vivir de testigo. También están los que solo piensan en el dinero como triunfo o como meta. Esos son los más tristes; valoran tener gente a cargo como si fuera algo especial; creen que el poder los hace indispensables; pero pocos años después, cuando los echan con una mísera indemnización o los jubilan sin ningún tipo de reparo, se dan cuenta de cómo desperdiciaron su vida, dedicándola a una empresa que no era de ellos, generando un producto que no les pertenecía, y que les creó una falsa vida social que, así como el poder, se les desvanece con el telegrama. Por lo visto, tenía un día positivo.

Esa noche me costó dormir. La decisión de volver a incursionar en mi nuevo arte más la excitación por haber encontrado el lugar perfecto me habían dejado movilizadísimo y un poco ansioso. Por lo que la llegada del domingo se hizo eterna. Si comúnmente las horas en la oficina no se pasan más, esa semana se hizo de goma. Además, no pude dormir bien ninguna noche, con lo que el cansancio hacía más pesados los días y disminuyó exponencialmente mi tolerancia hacia algunos compañeros. Para que eso no terminara en tragedia como en aquel sueño, tomé dos decisiones: por un lado, la navaja se quedaría en casa en horario laboral. Por otro, traté de socializar lo menos posible. Auriculares y la vista perdida en el monitor, como si tuviera mucho trabajo. Solo con eso más de uno consiguió ascensos.

El domingo me levanté temprano. Aproveché y fui a correr para despejar la cabeza. El día soleado hizo que decenas de

personas colmaran la plaza. Sin embargo, esquivando niños, señoras con changuitos y viejos que atraían palomas con migas de pan (una ceremonia inentendible), completé los cinco kilómetros que me obligaba a correr cada vez que salía.

La tarde la pasé entre fútbol, películas y mates. A eso de las ocho de la noche me vestí con ropa deportiva, armé la mochila con otra muda, un libro y la navaja y me fui para el Centro. Como tenía que hacer tiempo, repetí la ceremonia del día de reconocimiento: película en el Gaumont, unas porciones de pizza y, a eso de las once, me dirigí a la plaza.

Esa vez, para pasar desapercibido dejé la mochila lo más escondida posible bajo un banco y me puse a dar vueltas como un corredor más. Mis músculos me recordaron la salida matutina, así que esperaba no tener que hacerlo durante mucho tiempo. Limité mi recorrido a la Plaza del Congreso e, incluso, el circuito lo cerraba entre Virrey Cevallos y el Monumento de los dos Congresos para no pasar tanto tiempo sin ver el punto elegido. Los alrededores estaban bastante poblados pero la mayoría de la gente esperaba los diferentes colectivos que paran por Rivadavia o comía algo en el bar de la esquina de Callao.

Después de dar un par de vueltas, cuando la concurrencia fue mermando, me quedé elongando en la esquina de Cevallos e Yrigoyen, a una cuadra de la esquina en cuestión. Y de repente apareció...

Agitada, tras terminar su recorrido, venía mirando en su celular una aplicación para corredores que medía los kilómetros y el tiempo y los comparaba con las corridas anteriores. Había mejorado su performance. En cuarenta minutos había hecho seis kilómetros. Su objetivo era llegar a los seis y medio. Frenó el cronómetro y la aplicación le preguntó si lo quería compartir

en su Facebook. Si hubiera un botón que dijera “Obvio” lo habría apretado. Sabía que eso generaría una gran cantidad de comentarios lo que significaba una motivación extra a la hora de tomar la decisión de salir a correr. Agarró por Yrigoyen y emprendió el retorno. Solía usar las tres cuadras que la separaban de la casa para normalizar las pulsaciones y relajar las piernas. Prefería hacer el estiramiento tirada en el piso de su casa. No quería quedarse demasiado tiempo sola a esa hora en la plaza. Con la mirada fija en la pantalla y la música a todo volumen, nunca reparó en que la seguían.

Justo terminó su recorrido en la esquina donde me había quedado esperando. Apenas frenó, sacó su celular y cruzó la calle más atenta a la pantalla que a un posible coche. Bordeó la zona de los juegos y se metió de lleno en la oscuridad. Yo la seguía cada vez más cerca, con una mano en la yugular, fingiendo tomarme el pulso. Con la otra presioné el botón que abría la navaja. Me aproximé más. Ella seguía hipnotizada por la pantalla. Con el máximo sigilo posible di los últimos dos pasos y mientras con una mano le tapaba la boca, la otra ingresó en su cuerpo. Sentí su calor, lo que me provocó una erección. “Era necesario”, llegué a decirle mientras ella intentaba morderme la mano. Como si fuera una danza, con inusitada elegancia acompañé su cuerpo hasta acostarla en el piso frío. No quería que se golpeará al caer. La puse boca arriba y, recién entonces pude observarla. A pesar de su resistencia parecía en paz. De repente un sonido gutural, un grito primal, me espabiló. “Asesino”, alcancé a oír. Miré hacia mi izquierda. En el sector que quedaba bajo el árbol más escondido tenía su refugio un linyera que me miraba desconcertado, con los ojos desencajados. Su voz, castigada por el frío invernal, los puchos y el vino barato, era casi inaudible para el resto del mundo, pero para mí, una especie de corazón delator. Ni lo dudé. Con

un salto, franqueé la pequeña reja que separaba la vereda de la tierra, lugar donde tenía su especie de hogar, y le clavé la navaja en el abdomen. Le iba a decir la frase destinada a mis víctimas pero me pareció que no era adecuada: él no formaba parte de la enseñanza. Una vez que noté que no respiraba, miré hacia los alrededores y, al no ver a ningún testigo más, lo acosté en el colchón y lo tapé con todas sus sucias colchas para que pasara inadvertido. Después salté nuevamente la reja, agarré el celular de mi víctima, cuidando dejarle los auriculares puestos, y hui por Yrigoyen hasta San José.

Esa zona del Centro, de noche, es un desierto, así que pronto comencé a sentirme seguro. Me metí en el zaguán de un edificio, me cambié el pantalón y el buzo y me fui caminando hasta la parada del 8 mientras revisaba el celular. Sabía que con el chip podían rastrearne por lo que debía tirar el teléfono, así que lo estuve revisando mientras esperaba el colectivo. Se llamaba Romina (esta vez les había ganado a la policía y a los medios). Tenía algunas fotos provocativas y una charla subida de tono con un tal Francisco. ¿Él sufriría su pérdida? ¿Habrían llegado a concretar? La música dejaba mucho que desear. Lo último que había escuchado era un pseudo rasta argento que cantaba canciones melosas.

El ruido de los frenos me sobresaltó. Era mi colectivo. Antes de subir, simulando que levantaba algo del suelo, deposité el celular en la zanja mientras lo frotaba con la manga del buzo para borrar las huellas. Sonriendo mientras pensaba en quién se lo llevaría, subí y me senté en el asiento del fondo, junto a la ventanilla izquierda. La abrí para sentir el aire fresco. Las calles estaban vacías así que el bondi volaba. Cada vez que viajaba a esas horas no podía evitar pensar lo lindo que sería que fuera siempre así, con menos gente, menos tránsito, una vida más relajada. Unas esquinas más adelante me encontré

con la imagen más triste del mundo: una oficina con las luces prendidas y dos personas trabajando. Miré la hora; era casi la una de la madrugada de un domingo a la noche (ya lunes en realidad). En cualquier otra situación esa imagen hubiera bastado para hundirme en la más cruel de las depresiones pero en ese caso estaba inmune. Solo me enfoqué en el deseo de que mi mensaje llegara. Sobre todo a esos dos oficinistas.

Veinte minutos después llegué a mi departamento, puse toda la ropa a lavar, hundí la navaja en un recipiente con alcohol, me pegué una ducha y me acosté a dormir. A la mañana la alarma me despertó y arranqué el día como un lunes cualquiera. Pero, nuevamente, con una sonrisa que no podía quitarme de la cara.

CAPÍTULO X

Cuando vibró el celular quiso romperlo con toda su alma. Se sentía agotado todavía y quería seguir durmiendo pero no tenía opción. La oscuridad del cuarto le marcaba que, nuevamente, era noche entrada. Sabía que no podía ser por otra cosa que trabajo. A decir verdad, esperaba que no fuera otra cosa. Un celular que sonaba en la madrugada no era un buen augurio.

De todos modos, quizás porque era el único que solía llamarlo a esas horas, aunque él sentía que se trataba de una especie de sexto sentido, en esa vibración reconocía el llamado de su jefe cargado de órdenes y encargos, sin ningún tipo de amabilidad y casi sin humanidad.

—Buenas noches, Pintos.

—Buen día, Suárez. Encontraron una chica muerta en la plaza frente al Congreso. Bah, en la chiquita de al lado, la Mariano Moreno.

—Esa no es mi zona —contestó con un tono que reprochaba que lo hubiera despertado en vano.

—Lo sé, lo sé, pero hay algo que te va a interesar. La víctima es una corredora, fue apuñalada y le robaron un reproductor de música dejándole solo los auriculares. ¿Te suena?

La última frase lo terminó de despabilar. El caso de Vanesa estaba completamente varado. Los padres habían cooperado en todo a pesar de su dolor y tenían coartada para esa noche aunque, como habían estado solos, eran sus propios testigos. Pero nada parecía apuntarlos como posibles asesinos.

Al novio, con el que la chica había discutido unas horas antes según pudieron averiguar al revisar su celular, varios amigos lo ubicaron lejos de la escena del crimen. Eso poco importó a los medios que, enterados de la discusión previa, aprovecharon para estigmatizarlo como el culpable, sumar otro caso al contador de femicidios y pasar, días después, a otro tema sin rectificar la imagen del muchacho. Y, claro, como lo que importa es la primera impresión, para la opinión pública el caso ya estaba cerrado; y la policía y los abogados tapaban la verdad porque “seguro que el pibe viene de una familia de mucha plata”. Sin embargo, la realidad era que ya no tenían ningún sospechoso. El vecino que la encontró también fue llamado a declarar y había ayudado en cuanto pudo, pero nada indicaba que estuviera implicado; y los linyeras de los alrededores no habían visto nada, más allá de que muchos eran recelosos de hablar con la policía. Así que estaban desorientados.

A primera vista parecía un crimen al azar, un robo que se había ido de las manos y una chica que estaba en el lugar equivocado en el momento menos indicado. Y lamentaba sentirlo así, pero un nuevo caso con las mismas características abría las posibilidades de que alguna vez encontraran al asesino.

Llegó a la escena del crimen a las corridas, como si por apurarse fuera a conseguir salvarle la vida a la víctima (o a la siguiente). En el lugar estaban Torres, un detective que conocía más por tener una reputación discutible que por sus logros, un policía que resguardaba la zona, el forense y el de la policía científica. Torres fue el que habló:

—¿Qué te trae por estos pagos, Suárez?

—Venía a ver qué dan en el Gaumont —contestó irónico aunque no le sacó ni una mueca de sonrisa al detective. Y siguió sin esperar que el otro contestara— No sé si estás al tanto pero la semana pasada asesinaron a otra chica que había

salido a correr y vengo a ver si existe alguna conexión entre ambos casos.

—Sí, claro. Lo vi en la tele.

—¿Qué me podés contar de esto?

—No mucho más de lo que ves. Una chica joven, la atacaron de atrás con un objeto punzante. No hay rastros de más golpes ni de que haya sido violada pero esto se confirmará con la autopsia. Al parecer fue un robo. Todavía tenía puestos los auriculares aunque falta el reproductor. No hay testigos, al menos hasta ahora. El que la encontró es el dueño de aquel bar —dijo señalando para enfrente— que la vio cuando vino a abrir. Ya hablé con él, así que no creo que te aporte demasiado.

—¿Saben el nombre de la chica?

—No, todavía no lo tenemos. Apenas lo sepa te aviso —dijo con un tono que parecía más de ganas de sacarse el caso de encima que de resolverlo.

Por su parte Suárez hizo un gesto como para dar por terminada la charla y se quedó observando la escena. Mientras veía cómo el de la policía científica escarbaba en el cuerpo de la víctima, empezó a sentir que había algo fuera de lugar. Todavía no podía decir qué era, pero lo sabía. Reparó en el revoltijo de sábanas y colchones que estaba del otro lado de la reja y en el que, al parecer, alguien vivía (o mejor dicho, dormía). Teniendo en cuenta que el crimen se cometió de noche, era muy posible que quien paraba ahí hubiera oído por lo menos algo.

Le preguntó a Torres por el posible ocupante. “No hay nadie ahí. Se debe haber ido temprano”, le contestó sonriente. Se dio vuelta ignorando el supuesto chiste del detective y cruzó para hablar con el dueño del bar. De a poco las calles del Centro se empezaban a poblar. Esa vez iba a ser imposible que retiraran el cuerpo antes de que la masa de gente apareciera.

Incluso ya había algunos curiosos que pasaban y se quedaban mirando o sacaban fotos con su celular, con esa mezcla de chusma y pseudo-periodista que todo humano lleva adentro. Seguro la publicarían en sus redes sociales con tono de preocupación aunque pendientes de la cantidad de “Me gusta” que conseguirían. Y después, en otro tipo de caso, en las mismas redes sociales se quejarían de que algún programa o diario muestre fotos de cadáveres en primer plano (como un niño sirio ahogado en una playa, por ejemplo) y discutirían largamente acerca del rol de los medios.

Entró en el bar y después de las presentaciones de rigor le preguntó al dueño si conocía al que dormía en esa esquina.

—Se llama Carlitos. O así le decimos. Buen hombre. Viene siempre a primera y a última hora y le damos algo de comer —aseguró con un dejo de cariño.

—¿Sabe dónde lo puedo encontrar?

—La verdad, es raro que no esté ahí. A esta hora suele venir a ver si tenemos alguna cosa para desayunar o para que le calentemos agua.

—¿Y a la chica la conocía?

—Francamente no la quise mirar mucho pero a primera vista la cara me suena. Aunque, estando acá todo el día, la mayoría de las caras me parecen conocidas.

La charla siguió sin mayores datos así que después de confirmar que no había mucho más para sacarle, Suárez se despidió y volvió a la plaza. Parecía nuevamente un callejón sin salida.

Regresó a la escena del crimen con un sentimiento de vacío. Necesitaba conseguir algo más que lo que pudiera haber sabido con solo leer el informe de Torres y, sobre todo, sin madrugar. Examinó la pequeña reja verde que lo separaba de los trastos de Carlitos, y de repente notó una pequeña gota

roja que desentonaba. Podía ser cualquier cosa, pero su corazón empezó a latir con fuerza. Tuvo que respirar profundo para tranquilizarse. Saltó la reja y observó con detenimiento el revoltijo. El bulto parecía desmedido y no le cerraba que el mendigo hubiera dejado todo así. Por su poco conocimiento del tema, los que viven en la calle, cuando se van, suelen llevarse las cosas con ellos o dejan todo ordenado y lo más escondido posible para que no les roben nada. Con sumo cuidado atinó a mover las frazadas pero sintió demasiado peso como para que fueran solo eso. De a poco, la frazada fue cediendo y el cuerpo de Carlitos apareció. “Ahí lo tenés al tempranero”, le dijo a Torres.

Llamó al forense para que lo analizara, remarcándole la gota en la reja (aunque imaginó que sería sangre de alguna de las dos víctimas) y siguió revisando los alrededores.

Algo más alejada, encontró otra mancha pequeña de sangre. Era semicircular y ciertas marcas le daban el aspecto de una pisada. Le consultó a Torres si la había visto a pesar de que sabía la respuesta.

Dos metros más adelante había otra, un poco menos notoria. “Por fin una pista”, pensó mientras seguía el rastro. El mismo llegaba, aunque cada vez más débil, hasta el zaguán de un edificio en el que la marca era más fuerte. Miró hacia el interior y vio que la huella no seguía. “Acá se debe haber escondido”, supuso. Siguió inspeccionando y notó que había una cámara que apuntaba a la puerta. Tocó el timbre del encargado, al que tuvo que esperar varios minutos hasta que apareció con pinta de recién levantado. Le explicó lo que había pasado y le preguntó si podía conseguir los videos de la noche anterior grabados por la cámara. El hombre sonrió y contestó con algo de vergüenza: “Hace años que no funciona. Está solo para asustar a los ajenos y darles una supuesta sensación de

tranquilidad a los del edificio”. Molesto por la respuesta, le ordenó (aunque sabía que la ley no lo amparaba) que lo dejara entrar para revisar que las huellas efectivamente no siguieran adentro. Y así era.

Antes de irse le pidió los datos, más por asustarlo y dejarle una incertidumbre que porque realmente los necesitara. Al salir, halló un rastro mínimo por Yrigoyen pero cada vez se le dificultaba más seguirlo.

Así llegó hasta Rivadavia, donde la cantidad de gente y de coches complicaba las chances de descubrir si quedaba algún otro indicio. La última marca la encontró, esa sí un poco más clara, en una parada de colectivos. Eso lo sorprendió. ¿Podía ser que alguien asesinara a dos personas y se fuera viajando en bondi como si nada?

CAPÍTULO XI

Me desperté demasiado alegre para ser lunes, lo que me hizo imposible pensar en encerrarme en una oficina. También el recuerdo de la imagen de esos dos trabajando en la madrugada. Así que llamé a un médico a domicilio y con unos síntomas inventados me gané setenta y dos horas de libertad. No quería perderme nada de lo que se dijera del caso y, además, quería ver si lo relacionaban con el anterior.

Fui a comprar unas facturas, hice unos mates y volví a la cama con la notebook y la tele clavada en un canal de noticias. “Otra chica asesinada en confuso episodio”. “Matan a una chica para robarle el celular”. “¿Asesino serial de mujeres en Buenos Aires?”. Así titulaban las primeras tres notas que encontré en los principales diarios online y casi ninguna hacía mención al linyera que se había metido en mi historia. Eso en cierta forma me gustaba ya que él no formaba parte de mi mensaje pero demostraba, una vez más, que a la sociedad le importa de la clase media para arriba. El resto son juguetes, estadísticas, fichas que serán utilizadas en momentos de necesidad, ya sea para ganar una elección, derrocar un presidente o llenar las plazas con un apoyo ficticio. El único que lo nombraba era Crónica pero más por regodearse en el morbo y tener un primer plano del enchastre de sangre que por otra cosa.

Dejé el televisor de fondo en uno de esos programas de la mañana, donde todos tienen que parecer felices y en los que hacen participar hasta a los camarógrafos para dar una

imagen de amistad, al que habían invitado a la presidenta de la Asociación Contra el Femicidio —y feminista empedernida— que catalogaba ambos casos dentro de la misma línea. Según la señora, esos eran muy comunes y, la mayoría de las veces el autor era un ex novio, un amante o algún admirador resentido; pero no mencionaba a ninguna mujer como posible sospechosa, lo que demostraba que su igualdad funcionaba para ciertos aspectos nomás. Pero lo que más me indignó era que mi mensaje se perdía en medio de tantas tonteras.

Finalmente lo que cortó toda mi alegría en seco fue cuando, haciendo zapping entre los canales de noticias, encontré a una cronista parada en la puerta del edificio que me había servido como escondite y vestidor. Subí el volumen al tope.

“Según se pudo saber, el asesino de Romina se habría escondido en este edificio minutos después de cometer el hecho. Además, ciertas fuentes afirman que se está analizando si hay relación con el asesinato de Vanesa, ocurrido hace una semana a pocas cuadras de acá. La policía pudo seguir el rastro del sospechoso hasta una parada de colectivo...”. La periodista seguía dando información intrascendente así que perdí el foco de mi atención por unos segundos mientras empezaba a insultarme por dentro. Había tenido mi primer gran error. Qué tan caro iba a ser el costo del mismo, todavía no lo sabía. De repente, la imagen de una cámara de seguridad que apuntaba hacia la puerta del edificio hizo que todo a mi alrededor se pusiera oscuro, que la sangre me subiera a la cabeza generando un zumbido en mis oídos mientras el corazón me latía con más fuerza que nunca. Temí desmayarme pero era necesario que siguiera mirando. El embotamiento general no me dejaba escuchar a la cronista. Por unos segundos perdí conexión con la realidad al tiempo que veía mi futuro pasar por el último resquicio de lucidez que me quedaba: un juicio en

el que tendría que explicar los motivos, una sentencia eterna, unos compañeros de celda hostiles hacia mi integridad física y sexual. Instintivamente y tambaleando fui a buscar mi navaja. Si llegaba a aparecer a continuación el video de la noche anterior, no me quedaría otra que matarme. Prefería eso a pasar encerrado el resto de mi vida. ¿No era justamente por evitarlo por lo que había arrancado todo? Probé el filo de la navaja contra mi brazo. Un hilo de sangre salió y lo recorrió hasta llegar a la mano. La chupé para sentir el calor de la vida, de mi vida. ¿Cuánto tardarían en encontrar mi cuerpo? Imaginaba una de esas noticias en las que hallan a un vecino muerto tras quejarse por el olor que salía de su departamento.

Sin embargo, cuando ya me estaba haciendo a la idea de que eso había sido todo, y con el dolor de saber que mi mensaje iba a quedar inconcluso, perdido entre la marea constante de violencia que nos rodea y a la que nos acostumbramos, mostraron la salida del encargado de aquel edificio, rodeado de micrófonos. Entre que reaccioné y subí el volumen, volvió a aparecer la cronista dándole el cierre al móvil: “Por último, la desidia del consorcio del inmueble, que abandonó y dejó la cámara solo para amedrentar, no permite que se conozca el aspecto del asesino”.

Inspiré hondo y me tiré en la cama mirando el techo para tratar de recuperar las pulsaciones. Me había salvado por muy poco. Una carcajada exorcizó el terror de esos segundos que parecieron minutos, horas. No obstante, en el fondo quedó un enojo hacia mí mismo. En esta era donde dejamos que nos filmen en todas partes para nuestra “seguridad”, como si el hecho de grabar el momento de un robo fuera a servir para algo más que para generar paranoia y armar un programa de televisión ad hoc, solo la supuesta viveza criolla de un consorcio

nefasto (¿no son sinónimos?) que quiso ahorrarse unos pesos mensuales me había protegido.

Me quedé acostado un largo rato hasta que finalmente mis pulsaciones volvieron a la normalidad y mi cabeza dejó de ser un bombo; debía tener la presión por las nubes. Intenté distraerme mirando la tele donde ya el tema había cambiado para centrarse en los resultados de una nueva fecha del Fútbol Argentino pero una cierta intranquilidad hizo que se me volviera insostenible permanecer recluido en el departamento, así que salí e involuntariamente empecé a caminar hacia el subte. Hay pocas situaciones tan placenteras como pasear (o vivir) con la tranquilidad de un día fuera de la rutina, de saberse corrompiendo el supuesto mandato social de que el trabajo dignifica, esa máxima errónea que nos dejó en la conciencia popular Marx y que, a causa de años de obediencia debida, nos lleva a aceptarla como una verdad absoluta, irrefutable. Pero nos basta un solo día de andar libres de horarios esclavos, de encontrarnos fuera del ámbito en el que se supone que deberíamos estar, para darnos cuenta de que la vida pasa por otro lado. Las calles tienen otro color, la gente otra alegría. El mundo es un lugar mejor, incluso un lunes.

Me fui con el subte hasta la estación Sáenz Peña. De ahí caminé hasta el lugar del hecho. Nuevamente, una cinta amarilla marcaba el sector y un policía custodiaba la zona. Habían limpiado todo y se habían llevado los trastos del intruso. Mirando disimuladamente llegué a ver restos del charco de sangre que quedaba como una de las únicas marcas de lo ocurrido. Crucé y me senté en una mesa en el bar de enfrente, desde donde podía observar el lugar. La gente pasaba como si nada hubiera ocurrido, ignorando que hacía solo unas horas alguien había muerto ahí y, lo que era peor, totalmente ajena a mi mensaje.

El que me trajo el pedido parecía ser el dueño del bar.

—¿Sabe qué pasó, don? —le pregunté con mi mejor cara de sorprendido.

—Mataron a una piba para robarle el celular. Veintiséis años. Toda la vida por delante.

Pensé en responderle, sonriendo en mi interior, “No somos nada”; pero me pareció demasiado forzado.

—¡Qué locura! —dije, simulando solemnidad. Si me hubiera prestado atención quizás hubiera notado mi pésima actuación pero el señor solo quería hablar.

—Sí, también mataron a un tipo que dormía ahí, amigo de la casa, que lo único que debe haber hecho es estar despierto en el momento equivocado. Un tetra de más y hoy seguiría con vida.

Esto segundo lo dijo con dolor. Hasta creí vislumbrar que sus ojos se llenaban de lágrimas, como si la muerte del intruso lo hubiera afectado más que la de la chica joven “con toda la vida por delante”. Intentó disimular la emoción mirando hacia otra mesa donde nadie lo llamaba, y yo, que ya había perdido interés en sus comentarios, aproveché para abrir el diario que estaba sobre la mesa. En un pequeño recuadro, perdida entre los policiales, aparecía la noticia, aunque sin ahondar demasiado. El horario de mis incursiones tampoco me ayudaba para ganar notoriedad pero de a poco, y si las mentes brillantes que nos cuentan cómo tenemos que ver el mundo asociaban los casos, podría hasta ganarme una tapa. A pesar de mi grave error, ese segundo paso me había llevado casi a una Cadena Nacional al comienzo del día. Y encima tenía el lunes libre. Alcé la taza con el café con leche y con un gesto casi imperceptible (aunque esperaba que lo fuera del todo) brindé con el oficial que custodiaba el lugar.

Terminé de desayunar y, cumpliendo con lo que parecía

que se había hecho parte de la liturgia del día después, crucé y le pregunté al policía por la calle Esmeralda. Mientras él se daba vuelta señalándome el camino, observé de cerca la zona en cuestión para verificar que no hubiera nada fuera de lugar, aunque sabía que esa altura no podría hacer nada al respecto. Los sucesos de la noche anterior me volvieron a la cabeza, reviví el calor del cuerpo de la chica junto a mí, la adrenalina del escape tras resolver el problema del intruso. Hasta se me aparecieron las fotos provocativas.

Le agradecí a pesar de no haber escuchado nada de lo que me dijo y me fui por Avenida de Mayo solo para que no sospechara. Sin embargo, di la vuelta a la manzana y frené en la puerta del edificio donde me había escondido. Ya no quedaba ningún móvil ni policías. El portero charlaba a los gritos con un canillita cargándose por un resultado del día anterior, ajeno a su papel en los sucesos que horas atrás lo habían tenido como posible testigo, aunque se le notaba en la forma de hablar que se sabía observado y que era consciente de tener ese brillo, esa luz que diferencia a las personas cuando están alegres y, sobre todo, cuando se sienten el centro del mundo. Poco parecía importarle el porqué de su relevancia y menos el hecho de que, con su desidia (o al menos con su apoyo a la misma), había sido mi mejor cómplice. Cuando terminó de jactarse de un chiste mil veces escuchado (como casi todos los relacionados al fútbol) y se alejaba con la sonrisa del que cree haber dicho una genialidad, le pregunté, también, por la calle Esmeralda, solo para poder ver de cerca la cámara que me había salvado. De ser católico me hubiera hecho la señal de la cruz pero me limité a sonreírle en gesto de agradecimiento y me fui por donde había llegado.

Con la sensación del deber cumplido, volví a mi departamento. Después de almorzar, pasé el resto del día mirando

los noticieros y leyendo todo lo referido al caso. Ya en varios lados habían relacionado ambos asesinatos, lo que me parecía bastante sorprendente para el periodismo de hoy. Hasta un polémico conductor de programa de chimentos de la tarde que todavía no se cansó de arruinar vidas y familias con sus mentiras extorsivas, sus cámaras ocultas desleales y sus paparazzis sin ningún tipo de conciencia humanitaria se agarraba del amor a sus hijas para hablar diez minutos de femicidios, y después de cerrar el tema mirando a cámara compungido, pasó a analizar el video filtrado de una famosa, sin ver la ironía ni las contradicciones en eso.

Esa misma noche salí a correr. Necesitaba relajarme un poco después de todos los sucesos del día, además de ver si la gente iba tomando conciencia de la magnitud de lo que estaba ocurriendo. La plaza estaba un poco más vacía que de costumbre pero podía ser que el frío hubiera alejado a los menos obsesivos con el entrenamiento. Solo había un grupo de mujeres orientales que caminaban juntas (pero a esas ya las tenía vistas), un flaco con pinta de futbolista que corría a una velocidad que aunque quisiera no lo hubiera alcanzado, y una chica joven que apenas terminó cruzó y se metió rápidamente en un edificio.

También había algunos solitarios paseando a sus perros y, como era previsible, los pibes en el banco. En la esquina donde a veces estaba el patrullero vacío había un policía; pero lo único que hacía era jugar con su celular. No hubiera sido una traba.

Tras dar trece vueltas en treinta minutos (había mejorado mucho mi estado físico), me fui conforme. En la plaza se respiraba un aire diferente; algo, aunque mínimo, había cambiado. Lo podía notar, sentir. Mis incursiones estaban haciendo efecto y mi búsqueda iba encontrando su rumbo. A pesar del

miedo que había sentido a la mañana cuando vi la puerta del edificio en la televisión y cómo, en ese momento, sentí que se me desmoronaba el mundo, de la plaza me fui más fuerte y convencido que nunca. Tenía que seguir. Por mí. Por todos.

CAPÍTULO XII

La pista del celular fue un camino sin salida. Después de revisar el departamento de la víctima y sus pertenencias habían llegado a la conclusión de que lo único que le faltaba era el teléfono. En un principio intentaron llamar al número pero nadie atendía. El siguiente paso fue ubicarlo a través del chip y así lograron hallarlo. La aplicación les marcaba un colegio, así que tuvieron que ir por cada aula hasta que un estudiante admitió que lo tenía. Cuando vio entrar a la policía y preguntar por el celular, palideció. Levantó la mano tímidamente y se paró, con los ojos llorosos y en medio del silencio total de sus compañeros que lo miraban con una mezcla de sorpresa y admiración, para dárselo a los agentes. “Nos va a tener que acompañar”, le dijeron y el pibe aguantó las lágrimas hasta salir del aula; cuando ya los otros alumnos no podían verlo ni oírlo, se largó a llorar diciéndoles que lo había encontrado, que él no era un ladrón. Los policías, lejos de calmarlo, lo llevaron a un aula vacía y le hicieron las preguntas de rutina pero no consiguieron ningún dato nuevo. El chico había encontrado el teléfono tirado en la misma parada donde estaba el último rastro de sangre y su idea era venderlo.

Una vez en su oficina, Suárez lo revisó tranquilo. Anotó el número de un tal Francisco con quien la víctima había tenido su última charla, aunque sabía que se trataba de otro camino trunco. La conversación no iba más allá de promesas sexuales de ambos lados. No creía que ese fuera el asesino pero igual

debía interrogarlo. Cuando se comunicó, el muchacho dio a entender que estaba esperando el llamado. Había visto la foto de Romina en la televisión y se había quedado helado. Le contó que se conocieron un par de semanas atrás en un bar del Centro. Se vieron una vez más, un día de semana, y la idea era volver a encontrarse en breve pero no habían podido combinar. Para la noche del asesinato tenía una coartada. Se había juntado con amigos. “Noche de pizza y Play”, la llamó. La historia fue confirmada por dos amigos; así que, como sospechaba, por ese lado no había nada.

En el registro de llamadas recibidas, las siguientes a la supuesta hora del asesinato eran de los números guardados como “Mami” y “Papá”. Suárez imaginó la desesperación de los padres al enterarse la noticia del asesinato de su hija, con la que quizás no hablaban hacía unos días, y a quien, en un vano intento de negar la realidad, llamaron varias veces, angustiados, esperando que los atendiera y que lo que veían en la tele se tratara, como tantas veces, de algo que le pasa al resto, a gente sin rostro, sin historias reales, en un mundo casi de ficción.

Después intentó encontrar los puntos en común entre el asesinato de Vanesa y el de Romina, aunque eran pocos. Ambas habían salido a correr un domingo por la noche, a las dos les robaron el celular o el aparato con el que escuchaban música (aunque les dejaron los auriculares) y las habían matado con una navaja. Y, claro, ambas víctimas eran mujeres. Revisando la historia de cada una (escuela, facultad, cursos y lugares que frecuentaban) no encontró ninguna coincidencia. La elección de ambas parecía ser más bien aleatoria. Entre las víctimas estaba también Carlitos, pero lo del linyera podría explicarse porque había visto algo que no debía.

Como seguía completamente perdido, empezó a armar el perfil del asesino, a intentar comprender su motivación. Sabía que serían solo aproximaciones y algunas, seguramente, muy lejanas a la realidad, pero sentía que quizás podía encontrar un indicio, algo que le marcara el rumbo. Para arrancar se basó en las pistas principales: dos víctimas, ambas femeninas. ¿Misógino? ¿Un hombre despechado? ¿Podría estar relacionado con una de ellas y la otra ser solo un intento de generar confusión? ¿Cuál? Sonaba como una locura pero no se lo podía descartar. Igualmente, hasta ese momento no tenía ningún sospechoso entre los círculos íntimos de las chicas, y menos alguien que hubiera tenido contacto con ambas en las últimas semanas.

Por otra parte, el móvil del robo como única motivación no cerraba por ningún lado. Las chicas no mostraban signos de haberse defendido; más bien las habían tomado por sorpresa, lo que hacía sospechar que el asesinato fuera una búsqueda en sí mismo más que una consecuencia. Pero tampoco habían dejado ningún tipo de mensaje, nada que permitiera relacionar los casos más allá de la forma y el horario de los mismos. ¿Estaría enojado con los corredores por algún motivo? ¿Por qué lo hacía los domingos a la noche? También es cierto que dos casos no constituyen un patrón; se necesitaría más para poder armar un perfil más completo. Pero eso significaría más muertos.

La única pista medianamente cierta era la de la mancha de sangre en la parada del colectivo. Allí solo paraba el 8 que va desde el Centro hasta Ezeiza, lo que hacía que no fuera de mucha ayuda, ya que recorría casi toda la Capital, más ciertas zonas del Conurbano. Y eso confiando en que solo había tomado ese colectivo, sin hacer combinación con ningún otro tipo de transporte. Todo parecía llevarlo a un callejón sin

salida. No contaba con ninguna otra pista (si se podía considerar la del colectivo como una). Maldijo nuevamente al consorcio del edificio, al encargado y a los vecinos por no tener la cámara en condiciones.

Hay, entre los detectives y policías, una especie de creencia, una leyenda que asegura que a lo largo de su carrera cada uno de ellos se va a encontrar con un caso que será el más importante de todos. Pero además dice que ese tipo de casos puede tener dos finales: fama, que se da cuando tuvo, dentro de lo posible, un final feliz y que incluye el reconocimiento de los pares, algunas primeras planas y, para los más extrovertidos, incluso televisión (en los tiempos que corren eso podría reflejarse hasta en una invitación al “Bailando...”); el otro final, que se da mayormente cuando el asesino nunca es encontrado, es la obsesión, y puede llevar al detective en cuestión a la locura (no es tan diferente a la opción del “Bailando...”, a decir verdad). Todos en el fondo anhelan encontrarse con ese caso, probarse ante la situación límite; sueñan con salir airoso y poder alardear el resto de su vida por haberlo resuelto. Pero también temen que pase lo contrario, porque son testigos de cómo quedan los que vivieron esa situación; porque saben que cada noche se les aparecerán las víctimas para recordarles su fracaso o desconfiarán y verán al asesino en cada persona que se crucen. Y muchos años después, convertidos en huraños, solitarios y aislados, abandonados por sus familiares y amigos, entenderán que deberían ser considerados ellos también una víctima más, que aquel asesino serial podía sumar entre sus trofeos la vida de “su” detective.

CAPÍTULO XIII

Cuando volví a la oficina después de mis setenta y dos horas de tranquilidad ganadas con el sudor de mi frente, me convocaron a una reunión de emergencia. Algo había fallado en uno de los clientes y teníamos que sacar un arreglo rápido. Si era necesario hacer horas extras, había que contemplarlo, incluso el fin de semana. Parecía una burla del destino pero era verdad. Lo peor de todo fue que la reunión se convocó en una de las salas más grandes desde la que se veía otro edificio de oficinas justo enfrente. La imagen de otros haciendo lo mismo que nosotros, cada uno sentado frente a su computadora, algunos reuniéndose para salvar lo que ellos consideran el mundo me generó una tristeza similar a la de ver gente trabajando un domingo por la noche. Era como verse reflejado en un espejo que te muestra lo que odiás y, a la vez, caer en la cuenta de que me había convertido en eso, de que aunque luchara no podía salir. Eso me convenció más de la necesidad de mis incursiones.

En ese punto, mientras una pequeña parte de mi atención logró enfocarse y comprender que estaban hablando de estimaciones y que, posiblemente, en algún momento próximo me pidieran una opinión, mi mente volvió a irse. Empecé a suponer qué dirían todos los presentes si se enteraran de mi nueva afición. ¿Alguno me comprendería o solo les causaría rechazo y temor? La gente suele sentirse atraída por los que

cruzan ciertas líneas. Pero, ¿qué pasa cuando es uno que se te sienta al lado?

También comencé a imaginar una masacre perpetrada en esa oficina, parecida a la del sueño pero a cuchillazo limpio mientras los del edificio de enfrente miraban y aplaudían, comprendiendo que ahí realmente estábamos (estaba, en realidad) cambiando el mundo, que por fin una de esas reuniones servía para algo serio. No solo lo imaginé sino que lo viví (puede que me haya dormitado un poco también). Vi la sangre derramada sobre la mesa de vidrio, sobre los papeles llenos de números y frases inentendibles e intrascendentes; sobre las notebooks en las que algunos seguían anotando las tareas venideras y otros chequeaban mails, Facebook y demás, con caras de estar compenetrados en el tema. En eso noté que todos me miraban. Me pareció que lo último que habían dicho era algo así como: “¿Y a vos qué te parece?”. “Mierda”, pensé y agregué: “Creo que por nuestra parte, si nos lo entregan hoy a última hora podríamos terminar sin necesidad de horas extras ni fin de semana”. Soné profesional, atento, comprometido con la causa. Y encima les dije algo que les gustaba escuchar. El silencio que guardaron durante unos segundos –que para mí fue eterno– me hizo dudar de que hubiera respondido a lo que me habían preguntado; pero uno de los jefes consultó si a todos les parecía bien y el resto dio el visto bueno. Con eso se cerró la reunión y cada uno volvió a su lugar. Marcelo, mi jefe, pasó y me palmeó la espalda como diciendo “Muy bien”. Pero sin decirlo, como siempre.

Volví a imaginar qué dirían de enterarse de mi doble personalidad. ¿Entenderían que la existencia es demasiado corta para vivir una sola vida, para ser una sola persona? ¿O se quedarían con la cáscara, sin intentar comprender el motivo, que no solo los involucraba sino que buscaba liberarlos? ¿Les

interesaría ser libres o la conformidad de un pseudo sueño alcanzado les bastaría para seguir viviendo así sin más?

Finalmente las cosas fueron entregadas en tiempo y forma y se cumplió con la fecha sin necesidad de hacer horas extras. La gente festejó y se fue feliz a disfrutar de sus cuarenta y ocho horas de amarga libertad con la falsa alegría de haberse la ganado.

Ese sábado por la noche, después de mucho tiempo, decidí salir sin intenciones ocultas. Me había despertado de buen humor y necesitaba relajarme, distraerme un poco con el objeto de llegar tranquilo al domingo. Ya tenía seleccionadas, para la incursión del día siguiente, la plaza y la zona específica. Era un lugar un poco más arriesgado pero sabía que era factible. Peores cosas pasaban allí y la gente seguía yendo como si nada. Y encima era de público conocimiento que la policía, cómplice de algunas movidas, liberaba la zona.

Esa semana me había enterado de que una banda que me gustaba mucho y hacía tiempo que no veía tocaba en un antro pop de Palermo, zona que me quedaba bastante accesible. Además el lugar era chico, así que no iba a haber tanta gente, un plusvalor importante. Pero claro, el destino siempre tiene una vuelta de tuerca, una jugada escondida. Nada es gratis.

Hay tres cosas que juegan con los recuerdos de forma inmanejable: los olores, los sueños y la música. Puede ser ocasional, como una ingrata desconocida que pasa con el mismo perfume de una ex o un sueño que te la trae en medio de una historia inexplicable, e incluso representada en otra persona. Por otra parte, la música es la que pareciera más manejable. Podés dejar de lado todos los discos que te la recuerden o, en los tiempos que corren, con una tecla hacer desaparecer las carpetas con esas canciones malditas; pero, a pesar de la

precaución, un día una canción olvidada te la trae de vuelta. La música tiene ese poder. Hasta la más hija de puta puede parecer la más buena en los pocos minutos que dura la canción. Y lo peor es que se te queda en la garganta. Es casi imposible (solo por tratar de ser optimista) seguir como si nada hubiera pasado, deshacerse de la angustia que trae el recuerdo por lo que resta del día (siendo optimista, nuevamente).

Cuando llegué el lugar estaba bastante vacío. Me acodé en la barra y pedí una cerveza. De a poco la gente fue entrando y, para cuando arrancó el show, si bien no estaba lleno, había mucha. Demasiada para mi gusto y, sobre todo, para mis expectativas.

Pedí otra cerveza y ya mis sentidos comenzaron a nublarse, la incomodidad por la cantidad de gente desapareció y de a poco me fui uniendo a la masa, confundíendome como uno más. De repente me encontré cantando a los gritos como un adolescente, disfrutando, liberado. Nadie que me viera podría pensar que fuera el mismo que había asesinado a tres personas. ¿Cuántas veces al día nos cruzaremos con gente que oculta cosas incluso peores que las mías? Pero cuando parecía que la noche iba a ser perfecta, cuando el alcohol ya se había apoderado de mí, convirtiéndome en alguien un poco más feliz, una canción me descolocó, me devolvió a la realidad que quería negar.

La guitarra arrancó con un arreglo tranquilo y oscuro a la vez. Las luces bajaron para acomodarse al ritmo, lo que hizo que el clima del lugar cambiara de inmediato. Se respiraba otra energía. Y cuando llegó el estribillo todo en mí explotó: “Si es cierto que lo nuestro se termina, si es cierto que hay que hacerle un final. Entonces quiero que te lles mi hombro izquierdo que sin tu pelo no lo voy a usar jamás”. La letra me caló hondo. Sentí que mi alma se me iba, me vaciaba. Todo lo

que (me) había estado ocultando apareció. Unas lágrimas empezaron a caer por mi cara que, a pesar del dolor, permanecía inmutable. Volvió aquella noche de domingo tras un fin de semana gris, quieto, frío, de convivencia. Una charla que parecía una más del montón pero que arrancó con un “Tenemos que hablar” seguido por una explicación de por qué ella había decidido, unilateralmente y sin posibilidad de revertirlo, que ya no teníamos que estar juntos; volvió su imagen armando el bolso mientras yo me quedaba en silencio en el sillón con la sensación de no entender qué pasaba, como si fuera el testigo de algo que estaba viviendo otro; aunque en el fondo la entendía, y por conocerla tanto, sabía que era definitivo, que ya no había nada que hacer; también volvió el ruido de la puerta al cerrarse tras un beso frío de despedida. Y el silencio. Un silencio como nunca había habido en el departamento y que a la vez fue una de sus características en adelante. Porque a pesar del paso del tiempo, a pesar de intentar llenarlo con otras personas, con la televisión o con música a todo volumen, ese silencio sigue estando. Y sigue doliendo igual o peor que aquella noche.

Con el último acorde me recompuse (o algo así) y volví al lugar. Me sentía oprimido, sin aire. No me quedó otra que irme. Caminé hasta la parada del colectivo como un autómatas, sin reparar en nada de lo que pasaba a mi alrededor. El dolor del recuerdo me perseguía (y me iba a seguir por un tiempo más); pero, a la vez, entendí que lo más duro, lo que más me había molestado fue que esa letra me hizo comprender que jamás iba a poder ser tan certero con mi mensaje. ¡Pobre mi víctima del día siguiente!

CAPÍTULO XIV

Había cierta imagen que se estaba generando entre los periodistas que seguían mi caso (y por lo tanto le llenaban la cabeza a la gente con la misma idea) que no me gustaba y era que, debido al género de mis dos víctimas principales, me encasillaban como un feminicida, lo que no solo no era cierto sino que alejaba o confundía aún más mi mensaje. Así que para mi siguiente incursión decidí que la víctima debía ser un hombre. Podía ser que se me complicara un poco más, ya que mi contextura física es más bien promedio, así que tenía que tener cuidado al elegir al indicado. Cualquiera con un poco de preparación podía darme batalla fácilmente. Claro que yo jugaba con el factor sorpresa pero tampoco debía confiarme. Por otra parte, necesitaba evitar encontrarme con algo inesperado como la última vez, por lo que en la semana previa hice algunas visitas al lugar en cuestión. Ya tenía seleccionado el mejor sector aunque, como siempre, sabía que debía contar con un margen de improvisación.

El domingo había amanecido nublado (como debería amanecer todo domingo, ¿no?) y estuvo amenazando con llover todo el día. La angustia de la noche anterior todavía seguía firme en mi garganta, lo que hacía que el día me pareciera aún más gris. Durante la tarde intenté olvidarme de todo, distraerme con diferentes artimañas (música, televisión, libros, Play...) pero nada funcionó. Ella seguía ahí, como aquella vez, como si nunca se hubiera ido.

A eso de las siete de la tarde, cuando ya había oscurecido del todo creando una atmósfera más triste, empecé a alistarme para salir. El frío, sumado a la hostilidad del día, me hizo dudar, pero el mensaje no podía hacerse esperar. Se veía cada mañana en la cara de los que viajaban conmigo a trabajar, se sentía en el humor de mis compañeros, en la frialdad y la violencia con las que se comunicaban los extraños en cualquier circunstancia que los uniera casualmente por algunos minutos durante la jornada laboral: el cambio era necesario. Todos, en algún momento del día, tenían (teníamos) una pequeña explosión. Ya sea por un empujón de más en el transporte público, una mala maniobra con el coche o la moto, un llamado reiterativo de una empresa para vender un servicio, una devolución poco satisfactoria del jefe. Cualquier cosa podía cambiar el humor en un instante y hacer que todo ese odio, esa frustración de fondo, saliera a la luz de forma violenta. Nadie lo sabía pero me necesitaban.

Previendo el frío, me había comprado unos pantalones largos de correr con un buzo canguro que hacía juego y que, de paso, me ayudarían a pasar desapercibido en la oscuridad dándome el aspecto de corredor que me permitiría confundirme entre mis candidatos. Además, como siempre, llevaba mi mochila con una muda de ropa y los elementos necesarios para cumplir con mi tarea.

Esa vez, como me dejaba mejor pero también para cambiar la rutina, tomé el tren en la estación Floresta para el lado de Once. El vagón iba casi vacío, así que pude sentarme junto a una ventanilla y observar cómo pasaba la ciudad que, a esas horas del domingo, parecía abandonada, con las calles apagadas y vacías. Cada tanto, cuando cruzábamos una avenida, Buenos Aires cobraba vida por unos instantes pero en segundos volvía a extinguirse, a dejarme solo. Entre las pocas

personas que había en el vagón, un muchacho iba escuchando música desde su celular pero sin auriculares, alterando la tranquilidad de los demás. Acaricié mi navaja mientras lo miraba fijo y por un momento sentí el impulso de liberar a la humanidad de ese personaje, aunque esa vez sí dejaría un mensaje para que otros como él aprendieran a convivir en sociedad (o al menos a viajar en transporte público). Creo que de haberlo hecho y explicado el porqué, hubiera recibido el apoyo de mucha gente, quizás incluso una marcha a mi favor convocada a través de Internet.

Cuando estábamos por llegar a Caballito vi que el pibe se paró y encaró para la puerta más cercana a mi asiento. Aproveché y me acomodé a su lado como si fuera a bajar también. Cuando el tren empezó a detener su marcha metí la mano en el bolsillo y acaricié la navaja una vez más. Sentí que me subía la adrenalina mientras miraba para los costados contando la cantidad de posibles testigos. Había algunos pero, si lo hacía bien, sería manejable. Imaginé una cuchillada certera, empujón y a otra cosa. Pero el riesgo era alto y la causa no era tan noble comparada con la que realmente me movilizaba, así que mis dedos siguieron y agarraron un billete de diez pesos. Al abrirse las puertas, le toqué el hombro y le ofrecí la plata. “Para los auriculares”, le dije. Me miró sin entender, creo que balbuceó un insulto y, una vez que las puertas se cerraron, empezó a amenazarme e invitarme a pelear. Ni siquiera se llevó los diez pesos.

Al bajar en Miserere todavía me reía. Salí de la estación por la puerta lateral y crucé hacia la plaza. Di una vuelta por ahí, aunque todavía era temprano para entrar en acción. Me senté en uno de los bancos a observar el movimiento del lugar. A mitad de la cuadra que da a Rivadavia, dos travestis gritaban y llamaban la atención mientras ofrecían sus servicios. No

pasaron más de diez minutos y fueron levantadas ambas por dos coches diferentes. El que parecía el cashio las miraba desde un banco mientras fumaba con movimientos nerviosos. Una vez que se llevaron a las dos, cruzó a un bar de mala muerte, imagino que a esperar su regreso (y a gastar su parte).

En una parada de colectivos, una chica estaba más atenta a su celular que al mundo alrededor, lo que no le permitió advertir cómo un flaco, a una velocidad envidiable, le arrebató el teléfono de las manos, cruzó Rivadavia esquivando los coches que pasaban y, entre gritos y la sorpresa general, desapareció por Catamarca. La policía nunca apareció (buena señal para mí) y minutos después la chica se subió a un colectivo entre lágrimas.

Cuando estaba sentado en el banco, una mujer desarrapada, de unos cincuenta años (aunque en las condiciones en que estaba era difícil deducir su edad) se me acercó y con ese desparpajo que tiene la gente de la calle, esa mezcla de resignación y fuerza de supervivencia me lanzó: “Por diez pesos te la chupo acá a la vuelta”. Me agarró desarmado, indefenso y, sobre todo, desprevenido. Me quedé observándola incrédulo. “¿Y? ¿Vamos?”, insistió y se levantó la ropa para dejar al desnudo unos pechos caídos y un cuerpo castigado, sucio. Lanzó una carcajada que me despabiló y pude ver su dentadura, o los restos de ella. ¿Qué le habría pasado en la vida para que los cincuenta la encontraran sola, viviendo en la calle, o mejor, sobreviviendo, ofreciendo sexo oral a cualquier desconocido por diez pesos roñosos? ¿Tantas ganas de seguir viviendo podría tener a pesar de todo? Sentí que la navaja me latía, me pedía que le tuviera piedad y la liberara de esa realidad. Ella, resignada, acostumbrada a la indiferencia, volvió a cubrir su cuerpo con varias prendas desgarradas que en sumatoria hacían una y, sin esperar respuesta, empezó a caminar para el lado de las

vías del tren hablando sola. Pensé en darle los diez pesos que el pibe del tren no había agarrado pero temía que entendiera que aceptaba su oferta o que se me pusiera a hablar, así que dejé que se fuera y me convertí en un indiferente más. Matarla no era una opción. Si no, mi mensaje seguiría confundándose en un mar de muertos. O terminaría siendo el asesino de linyeras.

Solo un muchacho estaba corriendo pero la cantidad de gente que había dando vueltas imposibilitaba la acción. Para hacer tiempo me fui a un bar cercano que ostentaba, desde su diseño y su decoración, haber tenido su época de gloria varios años atrás pero que estaba bastante venido a menos. La suciedad era palpable. La humedad empañaba los vidrios e, incluso, las mesas de madera transpiraban. En el pool ubicado al fondo, con una luz tenue que le daba un aura triste, dos amigos apostaban mientras cantaban temas que ponían ellos mismos en una fonola y hacían visitas bastante frecuentes al baño. Ni habían tocado las papas que les habían llevado para acompañar la cerveza. En una tele descolorida y pequeña para las dimensiones del bar se podía adivinar que se estaba jugando algún partido pero no había forma de saber entre quiénes, ni el resultado. El barman limpiaba la barra con un trapo, sin mucho ahínco, más atento al televisor que a su actividad; y la única mesera del bar estaba sentada en un taburete frente a él pero solo le prestaba atención a su celular. Me ubiqué en una mesa cercana a la ventana desde donde podía vigilar los movimientos de la plaza. Al rato, con una tranquilidad exasperante, la moza vino a tomarme el pedido. “¿Podrá ser una cerveza? Preferentemente, fría”, le tiré como chiste por su buena predisposición pero, acorde a su actitud, pareció ignorarlo. Mientras la esperaba, saqué el libro que llevaba a todos lados, aunque ni lo abrí. Afuera, el tránsito comenzaba a

menguar, si bien los domingos era mucho menor al infierno que se vive cada día de semana en esa zona. Eso también hacía que se juntara un poco más de gente en algunas paradas, lo que me obligaba a tener que aguardar más aún. Al final no tardó mucho la chica en traerme la cerveza, pero por la velocidad con que la dejó, sin siquiera mirarme, intuí que se debía más a las ganas de volver a revisar el teléfono que por un intento de hacer bien su trabajo o por el chiste. No me gustó su actitud pero la entendí.

De a poco la cerveza fue bajando y, quizás a causa de eso, empecé a sentir una especie de conexión con el mundo, con mi alrededor, lo que me hizo dudar de mi misión. Pero cuando —una vez más— la mesera, en lo que parecía una mezcla de enojo porque le había tocado trabajar un domingo a la noche, sumado a que la había vuelto a alejar de su celular, me trajo con desgano la cuenta y —otra vez sin mirarme— se llevó el pago para volver a su horrible rutina, entendí que no podía frenar. Y ahí sí, convencido, salí del bar.

Con la mochila a cuestas (dejarla escondida en Plaza Miserere no me parecía una opción viable) comencé a caminar como si estuviera entrando en calor. La plaza estaba más vacía pero todavía había bastante gente dando vueltas, salvo por el lateral de Mitre, y sobre todo llegando a Ecuador. Esa era mi zona elegida. La esquina estaba enrejada, y unos metros antes, entre dos árboles y un puesto callejero que quedaba abandonado por la noche, se armaba una tapadera perfecta para mi propósito. Merodeé la zona para asegurarme de que no iba a encontrar ninguna sorpresa. Estaba todo vacío. Sobre Ecuador, una terminal de colectivos tenía algo de movimiento pero aunque alguien mirara directamente, sería difícil que entendiera qué estaba pasando. Me oculté detrás del puesto. El silencio y la oscuridad me hicieron temer que terminara

siendo yo la víctima. Parecía que el tiempo se había detenido, que todo se había preparado para que volviera a cumplir mi cometido. Y, como si fuera una muestra más del destino, apareció...

“Era esto o llamarla una vez más y volver a quedar como un pelotudo”, pensó mientras daba su quinta vuelta a la plaza. Sus fuerzas empezaban a flaquear pero estaba esperando que se cumplieran los treinta minutos que se había puesto como meta. Ni un segundo más ni uno menos. No solía correr los domingos a la noche. Prefería hacerlo los días de semana al llegar del trabajo o, como mucho, el sábado a la mañana, en el caso de que el día anterior no hubiera salido; pero los fantasmas de ese domingo y la necesidad de sacársela de la cabeza al menos por un rato lo convencieron de salir. “No sé si es que tiene mucha fuerza de voluntad como para no llamarme y hacerse la difícil o si no le importo ni un poco”, fue su último pensamiento, mientras se percataba de que lo de olvidarla no estaba funcionando. Esa distracción le impidió notar la presencia a su costado.

Iba obnubilado, con la mirada perdida, como si estuviera corriendo pero a la vez ausente. Tanto que en ningún momento se percató de mí. Al medir su velocidad me di cuenta de que no podía dejarlo pasar y atacarlo desde atrás. Tampoco podía arriesgarme a que diera otra vuelta. Se notaba en su andar, en su cara, en todos los movimientos de su cuerpo, que no le quedaba demasiado. Así que, cuando lo tuve al lado, le pateé la pierna izquierda en el momento exacto en que la levantaba, lo que hizo que trastabillara y cayera al suelo casi sin reacción. Seguramente fue por la sorpresa que no gritó demasiado y su esfuerzo se concentró en evitar romperse los dientes contra la vereda. Antes de que lograra levantarse o gritar, salté sobre su espalda, me senté sobre él y le corté el cuello como tantas veces había visto en las

películas. La sangre empezó a brotar a borbotones y sus pobres intentos de gritar fueron en vano. Ya no tenía voz. Rápidamente le saqué la funda que llevaba abrochada al brazo derecho, donde guardaba el celular desde el cual reproducía la música y le dejé los auriculares para que, a pesar del cambio en las formas, no quedara duda de que era mi firma. Y, para seguir con la liturgia, le dije al oído: “Era necesario”.

Me paré de un salto y me fui corriendo por Mitre hasta Jean Jaurès, donde atravesé el puente. Cuando estaba llegando a Corrientes me tranquilicé un poco y empecé a caminar más despacio. Ya me encontraba bastante lejos del lugar del hecho, así que aproveché para revisarme. Solo en las manos tenía manchas de sangre, que limpié con agua de una zanja para no dejar ningún rastro visible. De a poco fui cayendo en la cuenta del grado de violencia de esa incursión pero nada parecía afectarme. Había sido un segundo y la adrenalina no me había permitido tener conciencia de lo que hacía. Fue prácticamente automático. En un kiosco compré una lata de cerveza y brindé conmigo: al día siguiente iban a sacarme el mote de femicida, y esperaba que de a poco fueran entendiendo el mensaje.

En la caminata hasta Córdoba revisé el celular, solo por saber algo más del susodicho. Lo último que había escuchado era AC/DC. Eso me hizo respetarlo un poco más. Mis víctimas anteriores, en lo musical, dejaban mucho que desear. Por otro lado, entre sus conversaciones, tenía una con una tal Julieta que parecía estar abandonándolo. O al menos, no le contestaba tan seguido como él quería. No pude evitar pensar a cuál de los dos había liberado de un peso mayor. Una cuadra antes de la parada del colectivo (Esa vez iba a volver en el 99, donde había tenido aquel sueño premonitorio) tiré el celular en una alcantarilla. “Suerte con la búsqueda”, me dije pensando en la policía.

CAPÍTULO XV

Otra vez lo despertó la vibración del celular. Su esposa lo pateó para que atendiera y se dio vuelta para seguir durmiendo. En otras épocas hubiera intentado retenerlo, pero ahora ya estaba resignada y él sentía que disfrutaba que lo llamaran a esas horas para quedarse sola en la cama. En los últimos tiempos las cosas no habían ido bien entre ellos y ya ni se esforzaban por intentar mejorarlas, lo que hizo que ambos se enfocaran en sus carreras y se convirtieran en dos personas que vivían juntas más que en compañeros de vida. Por eso muchas veces ambos buscaban cualquier excusa para compartir la menor cantidad de horas posible, para escapar de ese frío hostil que se percibe (energética, mentalmente, o como fuera) cuando dos personas que conviven transitan una crisis; un final anunciado al que solo falta ponerle el punto. Ambos sabían que se debían una charla pero por el momento la venían postergando. Se conformaban con chocar lo mínimo indispensable y con que cada uno cumpliera su rol dentro de ese pacto tácito.

Atendió sin muchas ganas de recibir los malos tratos de su jefe ni las ironías gratuitas que tan temprano lo ponían de peor humor, así que fue al grano. “¿Dónde fue?”, preguntó sin preámbulos. Recibió la poca información que le podían transmitir a esas horas y se metió en la ducha para despabilarse. Mientras el agua lo transportaba desde el mundo onírico a la perversa realidad en la que se movía día a día, una frase

le quedó dando vueltas: “Esta vez, la víctima es un hombre”. Una de las pocas teorías que tenía sobre el asesino se iba al tacho. Era arrancar de cero nuevamente.

Veinte minutos después estacionaba en las inmediaciones de Plaza Miserere que, iluminada por las luces azules de los patrulleros, estaba vacía. Seguramente, la llegada de la policía había alejado del lugar a varios personajes que lo utilizaban para hacer sus negocios espurios: prostitución, venta de drogas, robos. Había alguna chance de que alguno de ellos hubiera visto algo pero era casi imposible que quisieran hablarlo con la policía, contra la que mantenían una guerra fría a pesar de (y a la vez, profundizada por) tener que pasarle una mensualidad a fin de que liberaran la zona para sus actividades.

Habló con el oficial a cargo y recibió el resto de la información. Con respecto a las víctimas anteriores había algunos puntos en común (se trataba de un corredor, le habían robado el reproductor de música dejándole los auriculares y el arma era una navaja o algo similar). La diferencia mayor radicaba en el género pero también llamaba la atención que esa vez no había sido apuñalado sino que le habían realizado un corte en el cuello, por lo que la escena del crimen era un mar de sangre, a esa altura, casi seca.

El cuerpo lo había encontrado otro corredor que aseguraba no haber visto a nadie, así que no servía de mucho. Se le notaban el miedo de haberse encontrado con ese espectáculo y las ganas de desaparecer del lugar. El otro testigo era un colectivo que en el momento de su descanso en la terminal vio que una persona corría para el lado de las vías pero que, como en esa plaza el robo es moneda corriente, no le dio mayor importancia al asunto hasta que llegaron los patrulleros.

Suárez caminó por Mitre hacia el lado que había marcado el colectivo, solo para aclarar las ideas, ya que sabía que no

iba a encontrar nada. Llegó hasta la esquina y comprobó que su predicción se cumplía: nada de nada. El paredón que separaba la calle de las vías hacía que la posibilidad de testigos se limitara. En un estacionamiento ubicado en la esquina con Jean Jaurès le preguntó al encargado que manifestó no haber visto nada fuera de lo común. Parecía haberse despertado cuando él le golpeó el vidrio de la cabina de atención, así que no había muchas chances tampoco. Volvió hacia la plaza sin cruzarse con ninguna persona en todo el trayecto. De a poco el cielo comenzaba a clarear y el lugar, irónicamente, comenzaba a cobrar vida. Algunos curiosos observaban la escena —o lo que quedaba de ella— ya que se habían llevado el cuerpo, con lo que la vedette era el manchón de sangre. Se sentó en un banco cercano, sacó una pequeña libreta donde hacía sus anotaciones y tomó algunas notas, pero no pudo sumar demasiado. No terminaba de dilucidar si el asesino era un novato con suerte o alguien experimentado que calculara hasta el último detalle. Sabía, por tantos años en la policía, que quedar impune después de un asesinato no era tan difícil. Pero hacerlo después de tres (cuatro contando a Carlitos) ya era otra cosa. Eso lo llevaba a inclinarse porque el homicida no tuviera ningún tipo de relación con las víctimas, que hubieran sido elegidas al azar, lo que siempre hacía todo mucho más complicado a la hora de hallar al responsable. Era necesario que cometiera un error, un testigo inadvertido, una cámara que funcionara, pero por el momento parecía que nada de eso iba a suceder.

Se quedó absorto en sus pensamientos durante minutos, u horas, no fue muy consciente. Balanceaba la birrome en la mano, automáticamente, mientras observaba la nada. Una nada repleta, a decir verdad, ya que, a esa altura, la plaza era el hervidero de cada día, llena de vendedores ambulantes,

trabajadores que se bajaban del tren y colmaban las paradas de colectivos o se metían en el subte; estudiantes que iban a cumplir su única tarea en el mundo, y la multitud que se acercaba a Once en busca de mejores precios. Uno de los carriles de Mitre había quedado inhabilitado por los móviles de la televisión que habían llegado para hacer su show, lo que complicaba aún más el tránsito. Trató de pasar desapercibido para que ninguno de los periodistas intentara sacarle una información que no tenía. Cuando volvió a prestar atención a la libreta, releó los pocos datos que se habían repetido en los tres casos: el arma era una navaja, atacaba a corredores los domingos a la noche y las tres plazas estaban en línea recta. Esto último, sumado a la sangre encontrada en la parada del colectivo 8, lo llevó a una única conclusión. De seguir el patrón, el próximo asesinato sería el domingo siguiente en el Parque Rivadavia. Sabía que no era mucho a lo que aferrarse. Es más, suponía que siendo tan obvia la respuesta no sería la indicada, que así como él había llegado a esa hipótesis, otros lo harían y, quizás lo difundirían en sus programas, con lo que difícilmente el asesino siguiera por ese camino. Pero al menos tenía una punta. Por primera vez sintió algo parecido a la esperanza. En ese momento se levantó del banco y se fue para su auto.

Acá es donde, si esto fuera una película, si ya conociéramos el rostro del asesino, si pudiéramos ver todo desde diferentes cámaras o desde un punto lejano, observaríamos cómo ambos –cazador y presa– por primera vez, al menos desde que esta historia los unió, se cruzan, caminan uno al lado del otro y por un segundo, incluso, intercambian miradas. Un segundo, como cientos de miradas intrascendentes que cruza cualquier persona todos los días. Ambos inconscientes del papel del otro, uno sin saber el riesgo que corre estando ahí (o sí,

pero restándole importancia) y el otro ajeno a la cercanía del motivo de su obsesión de las últimas semanas.

La cámara se vuelve a ir con el detective que se sube a su coche y encara para la comisaría y, por un rato, perdemos noción de la existencia del otro. O al menos de su corporización, ya que en la mente del agente no hay otra cosa.

Un debate interno comenzó a atormentarlo: si bien para llegar a su conclusión no hacía falta ser una luz y suponiendo que esa fuera real, si los medios continuaban sin darse cuenta y se enfocaban solo en generar miedo, tenía, por primera vez desde que todo había arrancado, una chance de encontrar al asesino. Por otro lado, estaba poniendo en riesgo la vida de un desconocido. Claro que si el asesino se enteraba de que él sospechaba cuál era su siguiente destino, como mucho lo cambiaría; no creía que fuera a frenar y, por lo tanto, la vida del desconocido, aunque fuera otro en un lugar diferente, seguía en peligro. Decidió dejarlo en manos del destino. Él no le diría nada a nadie y, si los medios llegaban a la misma conclusión, ya vería cómo seguir.

El resto del día lo pasó entre llamados infructuosos a los familiares y amigos de la víctima. A esa altura todos estaban al corriente pero no pudieron brindar ningún dato relevante. Uno de los amigos más cercanos le pasó el teléfono de la chica con la que había salido hasta poco tiempo atrás. Cuando habló con ella notó en su reacción que no estaba involucrada pero lo que más le llamó la atención fue que no había demasiado, por no decir ningún, dolor. Eso lo indignó, más que nada, porque lo llevó a pensar en qué le pasaría a su mujer en un caso similar y tenía la certeza de que todo hubiera sido muy parecido: una mezcla de sorpresa e indiferencia pero más que nada una sensación de liberación. Esto lo trastornó y

lo llevó a tomar una decisión que debería haber tomado hacía mucho. Cuando llegó a su casa, en silencio armó un bolso con las cosas necesarias y con un “Me voy” que no recibió ningún tipo de reproche o freno, solo una mirada vacía, inexpresiva, desde los mismos ojos que en otra época lo habían conquistado, finalmente se fue de la casa. Y así, el detective, sin saberlo, sin ser consciente, le dio la razón, de alguna manera rebuscada, oscura, fatalista, al objetivo de su presa.

CAPÍTULO XVI

Estaba sentado en el banco que siempre usa la parejita para besarse (y más). La plaza se encontraba casi vacía salvo por los pibes de siempre, que tomaban birra, fumaban y reían mientras escuchaban una música que salía del celular de uno de ellos. Sentí el impulso de ir a decirles que hicieran algo de sus vidas y así convertirme en un viejo de mierda, de los que les dejan comida envenenada o con pinches a los perros del barrio; pero de repente por el rabillo del ojo vi pasar corriendo una figura familiar. Fui hacia ella aunque sabía con lo que me iba a encontrar, la reconocí al instante. Esa forma de atarse el pelo para hacer ejercicio, dejando al descubierto su cuello hermoso, frágil, y el buzo negro que solo usaba para correr los días de frío. Me miré. Tenía puesta la ropa de mis incursiones pero no recordaba haberme cambiado. Empecé a correr a una velocidad que no podría sostener demasiado tiempo, en sentido contrario, para cruzarla lo antes posible. Apenas giré en la segunda esquina, la vi a lo lejos. No parecía haber reparado en mi presencia aunque en la cuadra éramos solo nosotros dos. A medida que nos fuimos acercando busqué mi navaja en los escondites de siempre pero no estaba. Eso me hizo sentir desnudo, desprotegido, por lo que giré para ver si se me había caído. Nada. Cuando volví a mirar al frente, allí estaba ella, parada, observándome fijo con esos ojos marrones profundos en los que solía descansar y que a la vez reflejaban mejor que nada su estado de ánimo. Hacía tanto que no la veía que el mundo

alrededor desapareció, se detuvo, sin sonidos, sin contorno. Solo existían esos ojos. Y me bastaban. Por unos segundos volví a ser feliz. Pero también me llevaron a otro momento.

Desde el principio supe que me iba a doler. No éramos compatibles. No estábamos hechos el uno para el otro (si es que eso existe). No teníamos casi nada en común. Pero sin embargo nos enamoramos. O al menos yo. Estuvimos juntos un año hasta que en el aniversario le propuse que se fuera a vivir conmigo. Creo que ahí estuvo uno de los grandes problemas. Ella (no hace falta mencionar su nombre) aceptó pero nunca se sintió en su casa. Siempre parecía perdida y cuando podía, a veces sin querer, que era cuando más dolía, a través de una frase, el uso de un pronombre en singular, me resaltaba que la casa era mía. Le propuse que buscáramos un nuevo lugar, pero siempre quedaba en proyectos. Cuando le mostraba algún departamento que me había gustado, encontraba una excusa para no ir. De a poco se volvió silenciosa, distante y, si yo intentaba ingresar en su mundo, no me dejaba, me mantenía ajeno. Busqué reconquistarla, generarle celos o algún tipo de reacción pero nada funcionó. Y un domingo llegó el “Tenemos que hablar”. Y el final.

Superada la emoción de volver a verla, reparé en que esos ojos estaban vacíos de amor, diría que hasta había desprecio y no se vislumbraba ni una pizca de alegría por el reencuentro. Me miraba como si se tratara de una aparición. Entonces abrió su boca fina, estilizada, que cuando se estiraba en una sonrisa solía generar un halo de felicidad en su entorno; pero en esa ocasión, con un rictus que demostraba una lejanía definitiva, solo se movió para repetir las tres palabras de aquel domingo. Metí la mano en el bolsillo donde finalmente apareció la navaja y, mientras unas lágrimas caían por mi cara y, consciente de que era la única forma de ponerle fin a la

historia, se la clavé en el corazón. Podría sonar a metáfora, a devolución de gentilezas pero en ese caso fue literal. Sentí el calor de su sangre en mi mano, lo que me generó una sensación de intimidación mayor a cualquiera de las que tuve durante el tiempo que vivimos juntos. Ella ni gritó. Se quedó quieta, aceptándolo, y, en cambio, me devolvió una mirada de suficiencia que invadió mi cuerpo. Como una especie de virus, lo recorrió y se me clavó en la garganta. Con ese dolor instalado y una angustia digna de lunes, me desperté.

Era la primera vez, desde que había arrancado con mis salidas domingueras, que no me levantaba con un estado parecido a la paz. Pensé en hacer la farsa de llamar al médico para obtener nuevamente 72 horas libres pero ya iba a generar demasiado ruido, así que desayuné mientras pispeaba los canales de noticias. Algunos ya estaban en el lugar de los hechos y, con los pocos datos con los que contaban, intentaban analizar si se trataba del mismo asesino. El factor de que la víctima fuera un hombre, como esperaba, los había confundido. Pero “La firma” de llevarme el celular los hacía creer que sí. Muy suspicaces. A causa de eso, ese día recibí mi nuevo apodo, ya lejano a “femicida”: “El asesino del MP3”. Metallica hubiera querido contar conmigo en sus filas.

Después de leer algunas breves notas que me habían dedicado, faltas de información y de estilo, acordes al tiempo actual, cuando lo que importa es publicar antes que otro, aunque sea con errores ortográficos, frases inentendibles o datos sin chequear (o directamente inventados), más que informar o investigar, me bañé y tomé el tren a Once para cumplir con mi ritual post mortem. Cuando llegué, la policía ya había retirado el cuerpo. Solo quedaban el agente que resguardaba el lugar y el circo de los medios. El resto del mundo seguía su rumbo y

pasaba por los alrededores como cualquier día, como si no hubiera pasado nada. Algunos, en busca de sus quince segundos de fama (hay gente que se conforma con menos de lo prometido) se paraban detrás de los cronistas para salir saludando a la cámara, en una muestra más de la indiferencia en la que vivimos. ¿Cómo se le hace llegar un mensaje a una población que prefiere un segundo en televisión que enterarse o preocuparse por lo que pasa? Por otro lado, ¿hay forma de sobrevivir en este mundo plagado de horrores sin ser indiferente a todos, o al menos a la mayoría de ellos?

Luego de hacer mi pregunta de rigor al policía me metí, entre empujones y violencia verbal, en el subte y me fui a trabajar. Bah, más que a trabajar fui a hacer acto de presencia. Tras servirme un café y después de las charlas livianas, intrascendentes acerca del fin de semana con los que me crucé en la cocina, me senté frente a mi máquina y repasé las novedades del caso. No había demasiado, más que el cambio de mi apodo. Algunos empezaban a elucubrar si no se trataría de más de un asesino. Ya había pasado en la historia mundial que alguien aprovechara el *modus operandi* de un asesino serial para deshacerse de alguna persona que los molestaba. Esos, comúnmente caían a causa del vínculo. En este caso, se enfocaban en la violencia de mi última intervención. Pero ellos desconocían el sábado que había tenido.

Como si fuera poco, el domingo había sido el Día del Niño (quizás eso explicara la cantidad de gente en las paradas de los colectivos la noche anterior) que, en mi ostracismo, había pasado inadvertido.

Ese lunes la empresa tuvo la magnífica idea de que los padres llevaran a sus hijos a “compartir y conocer su lugar de trabajo”. Una tarde encerrados en una oficina, para que vieran lo que se les viene. ¡Qué idea maravillosa! Pensar que hay un

equipo al que mandan a cursos de creatividad y liderazgo para que propongan esas genialidades. Para colmo, la primera actividad que se les ocurrió fue ponerlos a pintar el logo de la empresa. No sé si yo estaba especialmente sensible por lo que estaba viviendo pero la imagen de los pibitos pintando el logo me destrozó el corazón. Quería gritarles que se fueran mientras estuvieran a tiempo, que no se convirtieran en personas como nosotros, grises, falsas; que no repitieran la historia de sus padres; que el mundo iba a intentar convencerlos de que eso era lo que había que hacer: estudiar, conseguir un trabajo “digno”, comprar la casa, tener hijos, morir. Y que los hijos cumplieran el mismo circuito. Con eso el mundo funciona, el sistema sigue y todo cada vez se acerca más al pronóstico de Huxley en “Un mundo feliz”. Pero en vez de gritarles, de ayudarlos, opté por hacerle honor a mi espíritu de exclusión: me puse los auriculares con la música a todo volumen para que nada de lo que pasara a mi alrededor me afectase y esperé a que se hicieran las seis.

Esa noche salí a correr por la plaza de siempre. Al llegar encontré que estaba más vacía que de costumbre. Además había un policía apostado en una de las esquinas observando a todo el que pasaba. Una pequeña dosis de euforia recorrió mi cuerpo. No sabía si era que finalmente mi mensaje estaba haciendo mella pero elegí creer que sí, que al fin la gente empezaba a comprender que tenía que tener miedo, que nadie estaba a salvo, que el mundo que conocían había cambiado.

CAPÍTULO XVII

Tomar la decisión de irse de casa fue mucho más fácil que llevarla adelante. La primera noche se encontró en una pensión de mala muerte en la calle Urquiza, bastante cerca de Plaza Miserere.

Llegó al lugar con la noche ya entrada y le dieron una habitación que olía a sudor ajeno. Sabía (y esa noche por los gemidos lo pudo comprobar) que esa pensión era utilizada por muchas prostitutas y travestis de la zona para brindar sus servicios, además de para vivir. También era consciente de que cuando supieran su ocupación no iba a ser recibido con mucho cariño. Conocía de sobra las coimas que obligaban a pagar a este tipo de establecimientos y las visitas poco amistosas que hacían los oficiales cuando, por un cambio de firma o por creer que ya no necesitaban de sus “cuidados”, alguno dejaba de pagarles. Un sistema de ilegalidades tapado y sostenido por otras ilegalidades.

Dejó su bolso sobre un sillón desvencijado, prendió el televisor más por sentir algo de compañía que por ganas, y se fue a duchar. A pesar de las incomodidades y de la iluminación lúgubre que acentuaba la angustia que conlleva todo final, no podía dejar de experimentar una pequeña sensación de liberación.

Se acostó e intentó leer sus anotaciones sobre el caso pero el cansancio lo venció rápidamente. Cuando se despertó ya era de día. Había dormido de corrido como hacía meses no

recordaba haberlo hecho. Aunque la tristeza lo seguía acompañando, lo hacía de la mano de una alegría sorpresiva. Se cambió y fue a desayunar al mismo bar donde el asesino había tomado una cerveza antes de cometer su último crimen. Claro que no lo sabía. Ni lo iba a saber. Pero la visión periférica permite que se conozca este tipo de coincidencias muchas veces intrascendentes.

Pidió un café con dos medialunas y aprovechó para leer la sección de policiales en varios de los diarios que prestaban en el bar. Primero se enfocó en las notas relacionadas con “su” caso. No había ningún dato que no supiera pero se alegró de que nadie mencionaba su suposición acerca del posible escenario del siguiente ataque. Después siguió con el resto de las noticias del mismo estilo. Por un lado, debido a su trabajo, pero la verdad era que desde chico, sacando el suplemento deportivo, siempre leía solo esa parte. Y eso, suponía, era de algún modo lo que lo había convertido en lo que era.

Avisó en el despacho que iba a hacer un poco de trabajo de campo y se fue a pie, disfrutando del sol en la cara, hasta el Parque Rivadavia. Quería analizarlo, intentaría verlo con los ojos del asesino. Sabía que lo ideal era ir de noche pero le serviría al menos como para hacer un primer paneo y, además, para evitar unas horas de papeleo y escritorio. El parque a esas horas estaba bastante poblado por una mezcla de deportistas amateurs y estudiantes de los colegios cercanos que hacían tiempo o se escapaban de sus clases. Los puestos de libros, revistas y discos ya estaban abiertos aunque con poca convocatoria. En unas mesas ubicadas al costado de estos un grupo de jubilados con pinta de habitués jugaba al ajedrez.

Dio una vuelta completa al parque haciendo algunas anotaciones en su libreta e incluso un croquis en el que marcó los puntos que consideraba más peligrosos. Después compró un

café y se sentó en un banco. De a poco la decisión de la noche anterior se hacía más presente, más real. Conservaba el dejo de tristeza pero más que nada sentía alivio, a pesar de saber que todavía el final no estaba escrito y que faltaban charlas, repartija de bienes (que no eran muchos); pero imaginaba que ambos se lo querrían sacar de encima lo más rápido posible para seguir con sus vidas. Eso lo tranquilizaba.

Volvió a su despacho y dedicó el resto del día a hacer el trabajo de oficina que tan poco le gustaba. También se reunió con su jefe, ese que en general era una voz en el teléfono a una hora desconsiderada, solo para pasarle una pequeña actualización del rumbo del caso. Al salir, y a un horario en que sabía que no iba a cruzar a su ex, pasó por la que hasta el día anterior había sido su casa para llevarse un poco más de ropa. Al entrar al departamento se sintió como un invasor. Aunque, como era de esperar, nada en lo material, en los elementos que conformaban el supuesto hogar había cambiado, de alguna forma, el aire, los olores, la luz, la energía, todo ya le parecía extraño, ajeno. En el living se encontró cara a cara con una foto de unas vacaciones en Río. Ambos sonreían felices. Todo le pareció tan lejano, casi de otra vida... Se sacudió el recuerdo y, apurado, cargó un bolso vaciando casi por completo su lado del placard. Pensó en irse sin más pero a último momento decidió dejar una nota que ubicó de modo que fuera lo primero que ella viera al llegar: "Vine a buscar algunas cosas". Ningún sentimiento, ningún cariño. Volvió a su cuarto en la pensión, dejó todo sin sacarlo del bolso e intentó ver algo en la tele pero no podía concentrarse. El caso y la separación se peleaban en su cabeza para no permitirle enfocarse en otras cosas. Después de algunos vanos intentos para dejarlos de lado, decidió ir a correr al Parque Rivadavia y de paso verlo de noche. Se puso lo más deportivo que tenía (no era un tipo muy aficionado al

entrenamiento), tomó su libreta y caminó las cuadras que lo separaban del parque. Sabía que corriendo no tenía chance de llegar. Dio una primera vuelta en una combinación de trote y caminata mientras recorría los lugares que había anotado a la mañana. La zona de los puestos, cerrados y vacíos de noche, parecía la más indicada. Era casi como entrar a un túnel, con varios lugares donde esconderse. También, uno de los árboles sobre Rosario, junto a la calesita, ocultaba todo a su alrededor. Visto con ojos de asesino, el parque era perfecto para convertirse en un gran escenario y salir impune. Además, ambas zonas no estaban encerradas a diferencia del resto, por lo que no tenían el toque de queda de las 22. Del otro lado había más lugares ya que el cierre del predio obligaba a los corredores a seguir por Doblas, donde quedaban completamente desprotegidos y ocultos. Solo no iba a poder cubrir todo. Iba a necesitar apoyo, si no quería que el asesino se le escapara.

Al día siguiente le comentó el plan a su jefe quien, con alguna reticencia, como de costumbre, lo apoyó. “Llevate al pibe nuevo, así aprende que acá no hay horarios”, le contestó con esa capacidad motivadora que tienen los que están al mando. Habló con el novato y le explicó la situación. Trató de hacerle comprender que se trataba de un trabajo importante y no una simple tarea para pagar derecho de piso. Además, lo instó a guardar el secreto. No quería que se filtrara nada. El pibe aceptó, aunque otra no le quedaba. Ahora solo restaba esperar.

CAPÍTULO XVIII

La semana que siguió al episodio de la canción, ahondado por el sueño del doloroso encuentro en la plaza, fue demasiado dura. No me la había podido sacar un momento de la cabeza. Necesitaba verla, sentir su mano acariciando mi espalda mientras me abrazaba y poder oler su perfume, su pelo. Cada noche me acostaba y escuchaba su risa, la de los buenos tiempos. ¿Pensaría ella cada tanto en mí? ¿Habrá tenido ganas de verme alguna vez en esos años? La necesidad de tener algún tipo de contacto me llevó a revisar su Facebook pero como a las pocas semanas de habernos separado nos eliminamos (bah, para ser sincero, ella me eliminó) y debido a las opciones de seguridad que le había enseñado a configurar, solamente pude acceder a su foto de perfil en la que ni siquiera podía ver su cara, solo su figura a trasluz en un hermoso atardecer y que completaba con mi imaginación. Pensé en escribirle pero no se me ocurrió ninguna excusa válida. Intentaba convencerme con el argumento de que miles de relaciones se habían terminado por omisión, por ese orgullo que hace que ninguna de las partes se acerque hasta que un día ambos dejan de intentar. Aunque en esta oportunidad estaba seguro de que ella no tenía ningún interés en contactarme y tampoco en que yo la buscara. ¿Qué pensaría del ser triste en que me había convertido? ¿Lo habría visto venir y por eso me había abandonado? ¿O en realidad me había convertido en eso por lo que ella me hizo? ¡Qué difícil saberlo a ciencia cierta! Y qué

innecesario también. Como siempre, decidí echarle la culpa al otro, librarme de ese peso. Me enojé más con ella. La odié, la extrañé, la amé nuevamente y la volví a odiar. Esa semana me convertí en una cabeza monotemática. Hasta me olvidé de seguir la evolución de mi caso en los diarios.

El domingo, mientras repasaba (y revivía) todo una vez más, el departamento, el encierro –también una vez más– se me hizo insoportable. Necesité salir de ahí. Creo que solo por eso fui a cumplir con mi cometido.

Sin embargo, la urgencia por escaparme hizo que me fuera demasiado temprano. Todavía faltaban unas horas para que llegara la noche cómplice, pero si me quedaba, temía por mi vida. ¡Qué irónico! Para salvarme, otra persona tenía que morir.

Agarré la mochila con los elementos necesarios y salí. Nuevamente tomé el tren pero esa vez bajé en Caballito. Unas pocas cuadras me separaban del lugar elegido. Las calles estaban atestadas de vendedores ambulantes, familias, parejas y grupos de amigos, lo que las volvía insoportables. “En el fondo estamos solos en un desierto de gente”, me cantaba Calamaro al oído. ¡Cuánta verdad y claridad!

Al llegar al parque la visión no era mucho más alentadora. La cantidad de gente vista en el camino se multiplicaba por cientos, costaba encontrar claros donde uno pudiera estar tranquilo. El centro estaba copado por un grupo de chicos que jugaba a la pelota como si el resto no existiéramos. Uno pegó un zurdazo con toda su fuerza que fue a dar de lleno en la cara de una mujer y se generó una pelea entre su novio y el padre de uno de los “futbolistas”, que casi se fue a las manos (hermoso ejemplo) si no fuera por la llegada providencial de un policía que, con desgano, intercedió para que la cosa no pasara a mayores y siguió su camino. “Los pibes juegan acá todos los días”, era el argumento del padre. “Van a lastimar a

alguien”, decía el novio. El partido se suspendió solo hasta que el policía abandonó el lugar. Después todo volvió a la normalidad. Ambos machos alfa se miraban desde lejos esperando que algo volviera a detonar el disturbio y pudieran sacarse las ganas de pegarse un poco. Los domingos en familia...

Paseé por los puntos que había seleccionado en una visita previa y opté por uno que, incluso a esas horas, estaba bastante vacío. Sin embargo el horario no era el apropiado. La plaza seguía llena y el sol todavía dominaba el día, así que decidí irme a un cine cercano. Elegí la película más larga y me metí con más ganas de que se vacíe el parque que interés en la historia, que resultó una de superhéroes bastante aburrida.

Por suerte, cuando salí ya era de noche. Comí una porción de pizza enfrente del lugar elegido, en el que ya se veía mucha menos gente y, cuando confirmé que la mayoría de los que quedaban estaban haciendo ejercicio, crucé.

CAPÍTULO XIX

El detective llegó temprano al lugar junto a su ayudante provisorio. No quería perderse nada y a la vez era una manera de no estar solo el domingo. Se sentaron en un banco cercano a donde unos pibes jugaban al fútbol y compartieron unos mates. Ahí se enteró de que su compañero venía de un pueblo de La Pampa, que al principio Buenos Aires no lo trató bien pero que en La Fuerza (así le decía y por momentos sonaba a *Star Wars*) había encontrado la contención que necesitaba. “Era esto o convertirme en chorro”, le dijo medio en joda medio en serio. Como si hubiera una diferencia. Una pequeña trifulca entre el padre de uno de los que jugaban al fútbol y un hombre sentado en las cercanías los desvió de la historia y casi los obliga a salir del anonimato.

A medida que se hacía de noche el parque empezó a vaciarse. Se turnaron para cenar en una pizzería cercana y al volver se separaron. El ayudante cubriría la zona de Doblas; el detective, la parte de los puestos —que a esa altura ya estaban casi todos cerrados— y la calle Rosario. Ambos estaban disfrazados de deportistas como para pasar desapercibidos. El novato preguntó a qué le debía prestar atención; el otro tuvo que admitir que no lo tenía muy en claro. No había ni una pista de cómo sería el asesino, con lo que por momentos sentía que la única chance era encontrarlo con las manos en la masa. Y eso significaba que alguno de los que estaban ahí podría ser atacado. Incluso uno de ellos dos.

Para cubrir su zona, el más joven armó un circuito que iba por el ala derecha del parque y cuando llegaba a Doblas volvía hacia Rivadavia. Lo recorría caminando despacio aunque temía generar algún tipo de sospecha en los vecinos de la zona y, sobre todo, perderse lo que ocurriera en el sector en el que no estaba. Suárez, por su parte, recorrió la zona de los puestos hasta asegurarse de que todos estaban cerrados. Estaba convencido de que, en caso de pasar algo, ocurriría ahí. Cada tanto caminaba las cuadras de Rosario pero la cantidad de gente que todavía daba vueltas le hacía preguntarse si no estaría perdiendo el tiempo. A las 22 las puertas del parque se cerraron, por lo que el circuito del ayudante quedó limitado a la calle Doblas. El detective mantenía su tramo.

No había más de diez personas corriendo. Nueve para ser exactos. Suárez se quedó en una esquina para enumerar y reconocer a cada uno: primero había dos chicas que iban juntas. A esas las descartó. No creía que el asesino se arriesgara. Su trabajo solía ser rápido y aprovechando el factor sorpresa. Después había uno con pinta de pasar varias horas a la semana en el gimnasio. No podía eliminarlo de los candidatos pero, si fuera asesino, no se la jugaría con ese. Dos chicas jóvenes, que encajaban perfecto en el perfil de las primeras dos víctimas, corrían por separado. También había un muchacho con pinta de oficinista, una señora que caminaba más que corría, un hombre de unos cincuenta, que se notaba que entrenaba hacía años y otro pibe joven que lo hacía con desgano. Rápidamente, en su cabeza etiquetó a cada uno: “Las gemelas”, “El gimnasta”, “El Oficinista”, “La Caminante”, “El Corredor”, al que iba con desgano le puso “El Chanta” y a las dos que corrían por separado, “Perfil 1” y “Perfil 2”. Las últimas eran, para él, las dos candidatas, aunque debido a las características del último asesinato podía incluir casi a cualquiera.

Le mandó por mensaje sus conjeturas al ayudante para que estuviera atento, ya que el largo de la vuelta hacía que perdiera contacto por demasiado tiempo con sus perseguidos. ¿Y si uno de esos nueve fuera el asesino? Mientras elucubraba esa nueva teoría aprovechó para seguir a Perfil 1. Venía a buen ritmo por lo que tuvo que acelerar un poco para mantenerse a raya. La chica tenía un jogging gris ajustado que le marcaba a la perfección su anatomía, una remera negra de manga larga e iba enfrascada en su música. Cuando dobló en Rosario, ella ya estaba unos diez metros delante pero había frenado su ritmo y caminaba mientras miraba el celular. Él desaceleró también intentando conservar la distancia. Más allá de Perfil 1 la cuadra estaba vacía. Solo en la vereda de enfrente una señora paseaba a su perro que se había quedado marcando el territorio en un árbol, pero iban en dirección contraria. En esos segundos pudo entender cómo, si uno tiene paciencia, el escenario se da, se forma. De repente, cuando la chica iba por la mitad de la cuadra, un hombre salió de detrás de un árbol enorme y la empezó a seguir. Una de sus manos permanecía oculta dentro del bolsillo del pantalón. El detective aceleró el paso aunque bajó a la calle para confundirse entre los coches y que el otro no se percatara de su presencia. Sentía una mezcla de euforia porque su hipótesis se cumplía, pero a la vez temía llegar un segundo tarde y que muriera alguien más. Tampoco quería gritar y que el supuesto atacante escapara sin dejar ninguna prueba que lo incriminara; así que permitió que el tipo la siguiera unos metros más. La chica no parecía ser consciente de nada de lo que pasaba a sus espaldas. El policía se acercó sigiloso y ya estaba casi a la misma altura del sospechoso, que seguía con una mano oculta y a menos de un metro de la piba. Un movimiento de esa mano hizo que el detective acelerara para intentar frenarlo...

CAPÍTULO XX

Entre los que se quedaron haciendo ejercicio había dos chicas que calificaban como para convertirse en la próxima víctima: corrían solas y usaban auriculares. Había también un pibe que tenía las mismas características pero me parecía que lo de las chicas, cualquiera que eligiera, iba a ser un trabajo fácil y no tenía ganas de andar con complicaciones.

En una de las vueltas seguí a una de ellas. Durante todo el recorrido crucé varios puntos en los que podía cumplir mi cometido pero opté por tomarme mi tiempo. En la segunda vuelta, la chica abandonó y se fue caminando por Rivadavia. A esa hora la supuesta avenida más larga del mundo se había vaciado también, por lo que matarla ahí se presentaba como una opción; pero elegí quedarme y seguir a la otra.

Me apoyé contra una de las rejas hasta que apareció. En cuanto la vi me preparé para actuar. Esperé a que me pasara, conté hasta cinco y arranqué detrás de ella. Tenía muy buen ritmo, así que me costaba seguirla. Dobló en la zona de los puestos y no sé si fue una percepción mía pero pareció que aceleraba, como sabiendo el peligro que la acechaba. ¿Sería por la farsa de la intuición femenina o de a poco había logrado que la gente entendiera mi mensaje? La contra era que ya me había sacado una distancia considerable, así que tenía dos opciones: o corría como un enajenado y llegaba con lo último a concretar el plan o esperaba a que diera otra vuelta. Claro que me arriesgaba a que justo terminara y no volviera a aparecer.

Decidí hacer mi máximo esfuerzo para intentar acercarme pero de repente apareció otro corredor que se interpuso entre nosotros. Seguimos los tres un breve tramo, yo bastante más atrás que ellos dos, hasta que ambos doblaron. En la distancia que me quedaba por recorrer hasta verme obligado a girar dudé si volver sobre mis pasos y esperar a que la chica pasara de nuevo. Pero algo me hizo continuar.

En cuanto giré y retomé por Rosario, el espectáculo había cambiado. Ella caminaba dando el punto final a su actividad. Eso hizo que me felicitara por no haber esperado otra vuelta. Sin embargo había otra complicación ya que un hombre, otro, no el que se había interpuesto entre nosotros, la seguía muy de cerca. De repente, el que había aparecido antes surgió de entre los coches estacionados y saltó sobre el que la perseguía. Me acerqué para entender qué pasaba y vi cómo el que había saltado esposaba al otro. Eso me asustó. ¿Me estarían buscando? ¿Alguno había seguido mis migas, descifrado mi firma?

Cuando llegué a la altura de la chica, que para ese entonces ya estaba mirando lo sucedido, frené para consultarle al respecto. No podía evitar mirarla y sentir que había revivido, que estaba hablando con un muerto vivo. “No tengo idea”, me contestó. Su voz era dulce pero su falta de interés y su forma despectiva de tratarme me dieron ganas de matarla ahí mismo. Ella, ajena a su condición de protagonista involuntaria de la noche (en varios aspectos), volvió a ponerse los auriculares y, sumergida en su celular, desapareció. Pensé en seguirla y cumplir con mi tarea pero a esa altura el riesgo parecía demasiado grande. Además, todavía estaba obnubilado, mirando el revoltijo de hombres en que se habían convertido los otros dos, ya rodeados por algunos transeúntes que habían aparecido de la nada.

Segundos después, un tercer hombre llegó corriendo y le preguntó al policía (no me quedaban dudas de que eso era el que había salido de entre los coches): “¿Lo agarraste?”. La cara de decepción de su compañero hizo innecesario cualquier tipo de respuesta. Pensé en huir ya que había grandes posibilidades de que el buscado fuera yo. Era hora de desaparecer, de terminar con el juego. O, al menos, de seguirlo sin un patrón, o de modo más espaciado. Por lo pronto necesitaba pensar.

Estaba por arrancar cuando caí en cuenta de que mi mochila había quedado escondida justo debajo del banco donde en ese preciso instante, derrotado, se sentaba el policía mientras pedía un patrullero para que se llevaran al detenido.

CAPÍTULO XXI

—Es un pajero

—¿Qué?

—El pelotudo este que agarré. No es el asesino. Es un pajero solamente. No tiene navaja, ni cuchillo, ni ningún tipo de arma. Lo único que tenía entre las manos era la pija parada. Lo cagaría a trompadas solo por hacerme perder tiempo. —El detective sonaba entre agotado e indignado.

—Pero... ¿estás seguro de que no es él?

—Sí, este es un pelotudo degenerado que se va a comer unos días de calabozo. Si lo logro, algo más; pero no es el que buscamos. Mirá como llora, como todo cagón. Este no puede matar a nadie más que a futuros hijos.

El ayudante no sabía si reírse o no. Veía la bronca en su compañero y sabía que, de no haber tantos testigos, el detenido se estaría comiendo una linda biaba. También era consciente de que posiblemente se la comiera en la comisaría. Más cuando los compañeros de celda supieran de su afición. El hombre esposado seguía acostado en el piso llorando y, para hacer de ese un espectáculo aún más patético, todavía tenía el pantalón abierto, lo que dejaba ver sus partes que intentaba ocultar cruzando las piernas. El resto de los presentes aprovechaba la ocasión para insultarlo y sacarle fotos.

Al rato llegó el patrullero y se llevaron al detenido. El novato se subió y se fue para la comisaría a terminar el papeleo y todo lo referente al caso. “Yo me quedo”, dijo Suárez.

Necesitaba relajarse. En los segundos que mediaron entre que arrancó a correr hasta que cayó en la cuenta de que en vez de detener un asesino serial había agarrado a un masturbador serial, creyó que había resuelto el caso más importante de su carrera, que aquella leyenda que lo aterraba tendría para él un final feliz, y que su ex se podía ir a la concha de su hermana. Pero en cuanto vio que el detenido era un perejil, degenerado, sí, pero perejil al fin, se sintió devastado. Se echó la culpa de la separación, de los muertos, del mundo de mierda en el que vivía. Todo el optimismo de días atrás cuando caminaba con el sol pegándole en la cara se había esfumado con la misma rapidez con que se habían ido los pocos testigos de su proeza fallida.

Se sentó en el banco más cercano y se quedó recapitulando todo. Los sucesos personales y laborales de las últimas horas le pasaban por delante como una película. Intentaba detenerse en algunos datos específicos, ver si se le había escapado algo, pero no lograba encontrar nada diferente. Ese era el lugar en el que tenía que estar; esa noche debería haberse convertido en el héroe del mes, al menos de la semana. El caso tendría que haber terminado ahí. Pero no, algo había fallado. Era empezar otra vez de cero. Su única pista, para él certera, indiscutible, había resultado un fiasco. Se alegró únicamente de la cautela (aunque fuera llena de desconfianza) de Pintos por la que ese domingo solamente había movilizado a un compañero. Y al tratarse de un novato no le costaría favores futuros. Se conformaba con poco, pero esa era una pequeña victoria en medio de tanta derrota.

CAPÍTULO XXII

Una vez que se llevaron al detenido en el patrullero y que se fueron todos, el policía volvió a sentarse en el mismo banco. Pensé en irme, dejar la mochila ahí, pero temía que algo de lo que hubiera adentro les permitiera encontrarme. Lo dudaba aunque la paranoia que se me generó al ver lo cerca que habían estado hizo que no pudiera sacarme esa idea de la cabeza.

Di dos vueltas más, concediéndole un tiempo prudencial para que se fuera, sin embargo él seguía ahí, firme. Y no había rastros de que estuviera pensando en moverse a la brevedad. ¿Había creado una nueva Penélope?

Un fresco invernal se había adueñado de la noche y para peor se estaba haciendo muy tarde. Tenía que resolverlo ya. ¿Matarlo era una opción? Por el lado del sí: cumplía con mi objetivo y además me sacaba de encima a mi cazador. Por el lado del no: era ponerme demasiado en riesgo y podía no entenderse que todo era parte del mismo mensaje. Decidí que mejor no. Pero de alguna manera tenía que recuperar mis cosas.

Me senté en el piso, a unos metros del banco y me puse a elongar. El tipo seguía disperso aunque en un momento reparó en mi presencia cercana. Primero me miró extrañado, como si fuera una locura que todavía hubiera gente ahí. Pero la segunda vez intercambiamos esa sonrisa que se da entre las personas que comparten ciertas aficiones y se ven obligadas a saludarse cuando la vida las cruza. O también puede ser que

haya visto una posibilidad de seguir investigando para no irse con las manos vacías. Se acercó tímidamente, suponiendo que yo no sabía quién (o qué) era y me habló de corredor a corredor. Y yo, con una mezcla de temor por desconocer hasta dónde sabría pero también con una pequeña dosis de adrenalina al suponerme en ventaja, le seguí el juego.

—¿Por qué nos hacemos esto? —dijo, como si recién hubiera terminado de correr. Se le notaba en la cara que estaba destruido, mezcla de haber hecho ejercicio sin ser un asiduo corredor y de haber realizado una detención equivocada.

—La mayoría, para limpiar la cabeza —contesté casi sin pensar. Él sonrió.

—Pensé que era el único que lo hacía solo por eso.

—No, es esto o ataques de pánico. Usted decide —Estaba particularmente locuaz. Me intrigaba saber quién estaba jugando con quién. ¿Sería mi final o el suyo?— Una vez leí que el 90 por ciento de los corredores amateurs empieza a correr en un momento de crisis. Pero después leí que el 90 por ciento de las personas se sienten constantemente en crisis, con lo que es difícil achacar que una cosa se deba a la otra.

Se acercó más y me tendió la mano. Intercambiamos nombres. Él me dio el real. Yo, como cabe suponer, no.

—¿Venís siempre a correr acá? —Me preguntó fingiendo un tono casual pero que mostraba los hilos detrás.

—Cuando puedo. Usted no viene seguido, ¿no?

—¿Tanto se nota? Segunda vez. Se podría decir que soy nuevo en el barrio.

—Bienvenido, es un lindo barrio.

—Gracias. ¿Y notaste cambios o movimientos extraños en la plaza en el último tiempo?.

—Y... hoy un desconocido se me puso a hablar de la nada, oficial. Sí, eso también se nota.

—Detective —me contestó sin demostrar sorpresa por mi comentario.

—¿Está acá por los asesinatos en las plazas? —Él asintió— Ah, entonces se lo puede considerar parte del 10 por ciento restante. ¿O esta es su crisis?

—Un poco ambas —contestó aunque ya se lo notaba incómodo con la situación. Rápidamente, intentó volver a tener el control de la charla— Entonces, ¿algo raro, diferente?

—La verdad que no, la gente no parece demasiado preocupada al respecto. Si se fija en los que vienen al parque, están, bah estamos debería decir, expuestos a que el loco ese nos mate.

—¿Y vos no tomaste ningún recaudo?

—Mínimo, para ser sincero. Principalmente, cambié el horario. Solía venir más tarde. Y además, intento no quedarme solo en ningún momento. ¿Y a usted qué lo trae a este parque?

—Y... investigar.

—Si está hablando conmigo, supongo que no tuvo suerte.

—Detuvimos a un degenerado, de esos que se masturban en público. Lo vamos a investigar pero imagino que no tiene ninguna relación con los casos.

—Bueno, le deseo lo mejor —le dije. Y me incorporé para ir a buscar la mochila. Él me siguió con la mirada—. Siempre la escondo acá, sobre todo en estos días frescos —me excusé mientras sacaba el buzo. Al hacerlo, se cayó el libro que me acompañaba desde mi primera incursión. El detective se acercó y antes de que yo pudiera recogerlo, me lo alcanzó.

—“El guardián entre el centeno” —observó mientras me lo pasaba—. Gran libro aunque quedó marcado por la historia.

—Los libros no tienen la culpa de la locura de los humanos —sentenció intentando mantener una serenidad que se vio alterada por un titubeo, creo que imperceptible, en la voz.

Con un gesto di por terminada la charla. Guardé el libro y arranqué para el lado de Acoyte. Sentía su mirada en mi espalda pero no temí que fuera a revisarme o a detenerme e intenté irme tranquilo. Sin embargo mi cabeza era un infierno y eso me hacía estar demasiado consciente de mis movimientos que me parecían actuados, falsos y sobre todo sugestivos. Para colmo, al pasar por la zona de los puestos vi que venía un joven corriendo solo. El universo se burlaba de mí y me daba la chance de culminar con mi tarea casi en la cara de mi perseguidor. Hubiera sido un cierre perfecto pero no me arriesgué. Prefería la prisión psicológica en la que, de alguna manera, me había acostumbrado a vivir que estar realmente encerrado.

Mientras me alejaba y analizaba todo lo pasado, caí en la cuenta de lo cerca que había estado de que me atraparan y me fui convenciendo de que mi papel había acabado. Sin embargo, me parecía que tenía que dar una última función.

CAPÍTULO XXIII

Lo que más me interesaba era sacar el foco (si es que estaba) de mí, desviar la atención y después de eso desaparecer. Por momentos me parecía que, de haber sido el sospechoso, ya me hubieran detenido. Habrían encontrado la navaja y eso era lo único que podían usar en mi contra. Claro que yo me hubiera excusado diciendo que la llevaba para defenderme del loco ese que andaba matando a los corredores, pero quizás entre algunas preguntas sobre qué estaba haciendo cuando se cometía cada asesinato y los métodos persuasivos que utiliza la policía, más conocidos como tortura, me hubieran hecho quebrar. A veces fantaseaba, casi con deseo, con que me atrapaban e intentaban sacarme la verdad. ¿Cuánto aguantaría sin decirles nada? ¿Sería más decisivo mi umbral de dolor que las ganas de seguir “libre”? Por otro lado, ¿era mejor desaparecer sin más? El gran problema de dejar todo así era el hecho de vivir perseguido, sintiendo constantemente los ojos en la espalda, convencido de que cada policía que me cruzara me estaría siguiendo, que sabría todo y solo estuviese esperando el momento exacto para detenerme. Sería una nueva prisión psicológica y no podría soportarlo. No. Tenía que hacer algo.

Esa noche desvelada de domingo tracé un plan y el lunes a primera hora comencé a llevarlo a cabo. Lo primero que necesitaba era una identidad falsa, que en los tiempos que corren se resume en un celular anónimo. En un negocio cercano a la estación de Once conseguí uno al que solo le faltaba la

mancha de sangre para confirmar que era robado. Compré un chip, una tarjeta y listo. Celular nuevo, identidad nueva.

Al llegar al trabajo me junté con mi jefe y le dije que el viernes sería mi último día en la empresa. Si las cosas salían mal, él iba a entender por qué; pero si salían bien, tampoco tenía pensado volver. Ni siquiera estaría en la ciudad, al menos por unos meses. Pataleó porque le avisé con tan poca anticipación pero yo estaba más allá de todo, con una sonrisa imposible de borrar de mi cara. Hay pocos momentos tan gloriosos como renunciar a un trabajo. Y más cuando las perspectivas a futuro son de libertad, de un cambio de vida. Ya no se trataba de renunciar para empezar en una nueva oficina y en seis meses estar enojado con el mundo de nuevo. Era diferente.

Para el resto de las cosas que necesitaba tuve que usar mis conocimientos de la *deepweb* y gastar un poco de ahorros pero, en definitiva, todo fue bastante simple. Hoy por hoy, sabiendo usar Internet y estando dispuesto a pagar, no hay casi nada que no se pueda conseguir, y lo más importante es que se puede hacer sin dejar ningún rastro.

Una vez que obtuve lo necesario tenía que buscar el chivo expiatorio, quién iba a tomar mi lugar y liberarme definitivamente. Para eso era importante el celular nuevo. Armé una identidad falsa en una aplicación para conocer gente (para tener sexo casual, en realidad), utilizando una palabra clave: pasivo. Es increíble la cantidad de personas generosas que aparecen cuando uno está dispuesto a dejarse coger. En la primera hora recibí más de diez invitaciones. Si quería, podría haber resuelto el asunto esa misma noche. Pero no, al menos iba a mantener el día de incursión.

Elegí a un muchacho de veintisiete años que vivía solo en un departamento en Caballito y arreglé para vernos el fin de semana. “Si podés el domingo, mejor. Así combatimos la

depresión dominical”. “Oki”, fue su respuesta. Si bien iba a ser mi primera víctima con la que hubiera tenido una charla previa, el “Oki” me confirmó que había elegido bien. Me pasó la dirección y esa tarde, después del trabajo, aproveché para espiarlo, ver cómo se movía, analizar su contextura. No parecía alguien que pudiera presentarme demasiada batalla.

El resto de la semana cumplí con la rutina normalmente: fui a trabajar todos los días y presencié las reuniones como si todavía formara parte de ese mundo. Algunos compañeros me saludaron, se sorprendieron al enterarse de mi renuncia y, ante mi respuesta vaga cuando me preguntaban a dónde me iba a trabajar, los más cercanos, me guiñaban un ojo cómplice dando a entender un “Después me contás”. También salí a correr dos veces sin poder dejar de analizar las posibles víctimas en cada vuelta, en cada rincón; pero al igual que siempre que tenía algo importante por delante, lo viví sin estar ahí, automáticamente, casi sin conciencia.

El domingo amaneció soleado. Me hubiera gustado un día gris para culminar mi tarea pero todo no se puede. Como la cabeza no me paraba, me fui a correr y de paso me despedí de la plaza que tanto me había dado. Quise saludar a los chicos del banco pero, al parecer, la mañana no era lo suyo.

Al volver al departamento armé la mochila de incursiones y, por otro lado, la de viaje con casi toda mi ropa y algunas cosas más que pudiera necesitar en el exilio. Tiré a la basura lo que me pudiera incriminar, aunque no era mucho, y una vez que tuve todo liquidado me contacté con el candidato. “¿Nos vemos a las 21? Llevo vino”. “Dale. Te espero”, me contestó. Miré el reloj: faltaban cinco horas. Esa vez, más para matar la ansiedad y no pasar toda la tarde entre mis demonios que por cumplir con el ritual, me fui al cine. De la película que vi no tengo ningún recuerdo: me senté en la sala y miré la

pantalla sin enfocar, sin prestar ningún tipo de atención y una vez que salieron los títulos y se encendió la luz, me paré y me fui. Pasé por un supermercado chino, compré dos botellas de vino y emprendí camino hacia la casa de mi cita. Me abrió con el portero eléctrico. Me sorprendió saber que todavía había lugares donde eso funcionaba. Claro que ese era un departamento moderno.

Subí hasta su piso y encontré una escenografía armada para la ocasión: luces bajas, música tranquila, unas copas en la mesa esperando ser llenadas; un orden ficticio. “Sos más lindo en persona”, arrancó mientras me sacaba las botellas de las manos y empezaba a abrir uno de los vinos. Llenó las copas y mientras brindábamos me dijo mirándome a los ojos: “Por esta noche”. ¡Qué cursi me resultaba todo! La luz, la búsqueda desesperada de armar el momento, el tono impostado. También me veía reflejado en él. En épocas de conquista, la cursilería es una herramienta válida. Incluso cuando ambos están en la misma sintonía, la cursilería deja de ser tal para convertirse en romanticismo, en ternura. Pero cuando uno de los dos está en otra, es patética. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar?

Nos sentamos en un sillón y charlamos sobre nuestras vidas. Durante un largo rato, demasiado para mi gusto, me habló sobre su trabajo desde el dolor fingido de los que aman quejarse y creerse más que el resto de sus compañeros. Y yo simulé un interés genuino. Creo que hasta le hice alguna pregunta. Las únicas pausas que hacía en su monólogo eran para revisar el celular.

Una vez que se vaciaron las copas me ofrecí a llenarlas y él aprovechó para ir al baño. En ese momento arranqué con mi tarea. En su vaso, además del vino metí un líquido que debía dormirlo y, lo más importante, que solo en una autopsia

minuciosa saldría a la luz (así te lo venden; este es el mundo en el que vivimos).

Cuando volvió, ya me miraba con deseo. Se le notaban en los ojos y en el modo de hablar el efecto del vino, la voracidad de la cercanía del sexo. Mientras me acariciaba una mano, seguía despoticando contra sus compañeros de trabajo, contra su familia, contra un ex, lo que me dejaba cada vez más en claro su soledad (un punto a favor para mí), y su tono engraido me explicaba el porqué. Comencé a hacer más preguntas, algunas repetidas, para estirar la charla y que el somnífero hiciera efecto. Cada vez le costaba más hablar. En un momento se quedó tildado frotándose la frente. Ante mi consulta sobre si estaba bien me dijo un sí poco sincero y, cuando intentó pararse, cayó acostado sobre el sillón. Todavía consciente, me miró fijo pero no pudo articular palabra. ¿Se habrá dado cuenta de lo que pasaría luego? ¿Sabría que yo sería lo último que iba a ver o creyó que se trataba de un simple robo?

El corazón me empezó a latir más fuerte. Por un momento dudé de poder hacerlo. Quizás sea difícil de comprender, pero una cosa es matar a alguien en movimiento que, aunque sea por un segundo, está comprendiendo y participando de su propia muerte y otra muy distinta es asesinar a alguien inconsciente. Pero me tenía que apurar.

Lo primero que hice fue borrar todas las huellas de mi paso por la casa: lavé la copa que había usado, limpié cada cosa que había tocado; gracias a su adicción al celular pude ver la clave de acceso y, aunque tenía otro nombre y otra foto, borré mi contacto, las charlas que habíamos tenido, mi existencia en la red social en la que nos habíamos conocido. Revisé sus últimos chats y en ninguno mencionaba el encuentro. Necesitaba que mi presencia ahí fuera como el líquido con que lo había

dormido: solo una búsqueda demasiado minuciosa podría ubicarme en ese lugar. Y con suerte ni siquiera eso.

En la mesa, la computadora seguía soltando música aleatoria de una lista pública, ni se había tomado la molestia de armar una selección propia, quizás ni le gustara lo que sonaba, solo quería fingir. Abrí un archivo de texto y escribí una simple frase: “Fui yo”. Al lado de la máquina, con cierta nostalgia, dejé la navaja que me había acompañado en cada incursión impregnada de sus huellas junto al MP3 de la primera víctima. Por casualidad, en la biblioteca que estaba detrás de la mesa, vi que había una copia del “El guardián entre el centeno”. Me causó gracia y decidí dejarlo apenas sobresalido del resto de los libros. Una especie de firma poco convencional.

Una vez que me aseguré de que nada podía dirigir a la policía hacia mí, de que no había dejado ningún cabo suelto, senté a mi reemplazo en el sillón. Mientras lo acomodaba gimí un poco pero siguió dormido. Me quedé observándolo a pesar de que sabía que, mientras más estirara el momento, más me costaría llevarlo a cabo. Así que puse el arma en su mano derecha, se la metí en la boca y, empujando su dedo índice, disparé. Era la segunda vez que disparaba un arma, la primera a un humano. El ruido me ensordecí, un poco de sangre me ensució las manos y parte de la ropa. Lo que seguía tenía que ser rápido. Me saqué los guantes y los tiré en la mochila. Me cambié con la muda que había llevado. Hice un rápido recuento de las cosas que podrían incriminarme. Había guardado todo. Me puse otro par de guantes, manoteé un juego de llaves y, después de hacer un breve repaso de la escena, me fui.

Bajé por la escalera para no cruzarme con ningún vecino. Al intentar abrir la puerta mis manos me temblaban. Sin embargo logré salir sin ser visto. Chequeé por las dudas: el

edificio no tenía cámaras ni para aparentar. Solo cuando me alejé unas cuadras del lugar me tranquilicé. Por primera vez, desde que había arrancado todo, me sentí realmente libre.

En el camino, en un contenedor de alguna calle oscura tiré las llaves. En otro, la botella que contenía el líquido sedante. Ya en mi departamento, lavé la ropa que se había manchado, la metí en una bolsa dentro de la mochila de viaje y partí hacia Retiro. Dos horas después estaba viajando a Jujuy. De ahí cruzaría a Bolivia. Un par de meses de viaje, ese viaje que había soñado toda mi vida y nunca me había animado a hacer, por comodidad, por miedo. Al final, no sé si le cambié la forma de ver la vida a alguien, pero sí cambié la mía. Misión cumplida.

Pero no crean que este es el fin, no se sientan a salvo. Hay muchos más como yo, algunos movidos por otros fines menos nobles.

Si les hubiera dado la chance de elegir entre mi muerte y la de un X que sale a correr despreocupado, su opción sería yo. Votarían tranquilos y volverían a sus míseras vidas confiados en haber hecho un bien mayor; y jamás se les cruzaría por sus cabecitas que se convirtieron en lo mismo que combaten, en lo mismo a lo que temen. Yo soy el resultado de lo que armaron como mundo, soy parte de ellos, de ustedes. Uno más, invisible, cumpliendo el camino marcado para sostener la farsa.

A pesar de lo que dicen, veo en la tele, en los diarios, en la gente, cómo me usan, cómo me disfrutan, cómo me necesitan. Con mis incursiones quise salir del sistema, mostrarles que estaban equivocados, intentar torcerles el rumbo; pero me di cuenta de que no hay solución, de que esto en lo que me convertí (¿o me convirtieron?) es lo que buscaban para seguir vendiendo sus miedos y así mantener la maquinaria en movimiento; llenar el mundo de rejas, alarmas, policías y pequeños placebos en forma de objetos. Yo soy yo, pero soy

ustedes. Ustedes crearon esto, y aunque algún día me atrapen, aunque me maten y se sientan aliviados por unos minutos, en la oscuridad, en las sombras, ya estarán creando otro como yo.

Puede ser el que está a su lado ahora, o ustedes mismos. Es indistinto. Ya va a aparecer. Por lo pronto yo me retiro. Ya no encuentro placer ni tranquilidad en esto. No tengo (ni tenemos) solución. Olvídense de mí pero cuéntenme como otra de sus víctimas.

CAPÍTULO XXIV

El cuerpo estaba recostado sobre el sillón, como durmiendo, salvo porque del cráneo solo quedaban rastros y un rompecabezas de hueso, sangre y carne desplegado por toda la sala. Las moscas ya se habían instalado y sobrevolaban la escena dándole a todo un aire de abandono. Un olor fétido había copado el lugar, lo que demostraba que ya habían pasado unos días desde el momento de la muerte.

El jefe del joven, al segundo día que este faltó al trabajo sin aviso, llamó al teléfono de emergencia. Eso llevó a la madre hasta el departamento para encontrarse con la peor última imagen de su hijo. Con las pocas fuerzas que le quedaban llamó a la ambulancia pero ya no había nada que hacer. La mujer aún seguía sentada en la cocina con la mirada perdida y con pinta de que no iba a encontrarla nunca más.

El arma estaba a los pies del sillón dentro de una bolsa transparente, para ser analizada. Pero a pesar del espectáculo que tenía enfrente, lo que se llevó la atención del detective fue la frase en la computadora: "Fui yo". Y la navaja que estaba a su lado junto a un reproductor de MP3. ¿Sería cierto? ¿Había terminado? ¿Había ganado? ¿Podía considerarlo una victoria? Su ego de detective no se lo permitía. Así se confirmara que ese era el cuerpo del tristemente célebre Asesino del MP3 no podía evitar sentirse defraudado. Por otro lado, no le cerraba el modo que había elegido para poner punto final. Y que el mensaje, después de tantos asesinatos, fueran solo dos palabras, sin

ninguna explicación... Habría que revisar la computadora a fondo para ver si había dejado algo más.

Se quedó un rato observando la escena pero no había mucho más. Restaba esperar el análisis forense para ver si había algo que contradijera la primera impresión, aunque todo parecía indicar suicidio. Sin embargo, un pequeño detalle que para el resto había resultado imperceptible, para él no. En la biblioteca, el único libro que apenas sobresalía era “El guardián entre el centeno”, el mismo que estaba leyendo aquel muchacho que había hablado con tanta suficiencia en la plaza el primer domingo sin víctimas desde que había arrancado todo.

¿Podía ser que hubiese tenido al asesino frente a él y lo hubiera dejado ir? ¿O simplemente se estaba volviendo loco?

Tras intentar un diálogo con la madre del muerto sin conseguir ninguna información adicional (en realidad, casi ninguna palabra) y de interrogar a los vecinos, que tampoco brindaron demasiada ayuda, más que el de al lado que se quejó de que “todas las semanas entraba con un amiguito distinto” y culpó a su sueño profundo de no haber escuchado nada, se fue del edificio con un sabor amargo.

Días más tarde la autopsia confirmó la hipótesis inicial. Si bien algunos amigos sostenían que el pibe nunca se hubiera suicidado e intentaron demostrarlo, fue en vano. El caso se había considerado cerrado y ya nadie, en especial su jefe, quería oír hablar del tema. Suárez recibió su felicitación, fría por no haberlo capturado vivo, y una nueva asignación. Los medios encontraron rápidamente otro morbo para seguir inculcando miedo y la gente volvió a andar sin ningún tipo de precaución, si es que en algún momento la había tenido.

Los siguientes domingos, el detective volvió al Parque Rivadavia pero el muchacho del libro nunca apareció. Preguntó

a los corredores asiduos, sobre todo a los que había visto aquel día. Nadie sabía de quién estaba hablando. Por otro lado, no había aparecido ningún muerto más. ¿Con qué argumentos podría convencer a su jefe para seguir investigando? ¿Un libro apenas sobresalido en la biblioteca del autoincriminado? ¿Un tipo odioso que dejó de ir a correr en pleno invierno? Y lo más importante: ¿qué le convenía a él como profesional, a la institución a la que representaba y a la gente para seguir viviendo? ¿Un asesino ficticio muerto que les diera tranquilidad o uno prófugo que incentivara la paranoia? Se decidió por lo primero, aunque en el fondo sabía que no era lo que más le satisfacía. A pesar de la palmada de los compañeros, de las felicitaciones frías y falsas, del autoconvencimiento al no aparecer una nueva víctima, él supo que había perdido, que había dejado pasar su chance. Y eso lo afectaba mucho más que el haber dejado libre a un asesino. Pero su mayor castigo fue que durante meses, tal vez años, cada lunes a la madrugada se despertaba sobresaltado, soñando que su teléfono vibraba y la voz inexpresiva de su jefe, antes odiada pero en ese momento deseada, le devolvía la vida.

ÍNDICE

| | |
|----------------------|-----|
| CAPÍTULO I | 7 |
| CAPÍTULO II | 13 |
| CAPÍTULO III | 19 |
| CAPÍTULO IV | 25 |
| CAPÍTULO V | 35 |
| CAPÍTULO VI | 41 |
| CAPÍTULO VII | 47 |
| CAPÍTULO VIII | 53 |
| CAPÍTULO IX | 59 |
| CAPÍTULO X | 67 |
| CAPÍTULO XI | 73 |
| CAPÍTULO XII | 81 |
| CAPÍTULO XIII | 85 |
| CAPÍTULO XIV | 91 |
| CAPÍTULO XV | 99 |
| CAPÍTULO XVI | 105 |
| CAPÍTULO XVII | 111 |
| CAPÍTULO XVIII | 115 |
| CAPÍTULO XIX | 119 |
| CAPÍTULO XX | 123 |
| CAPÍTULO XXI | 127 |
| CAPÍTULO XXII | 129 |
| CAPÍTULO XXIII | 133 |
| CAPÍTULO XXIV | 141 |

LIBRO EDITADO POR



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA



EL OFICINISTA

Crónica de un asesino cualquiera

Un joven vuelve al trabajo después de las vacaciones. Pero esos días de libertad modificaron algo en él y se le hace insoportable la rutina de la oficina. Eso lo lleva a buscar un cambio profundo. No solo para él sino para todos los que, según su visión, llevan una vida que no es la que elegirían. A través del miedo intentará llevar su mensaje transformador. ¿Puede un asesino tener una motivación altruista?



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA